

PUNTO
ROJO
10

UN LUGAR ENTRE LOS MUERTOS

Kelltom McIntire



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BRAVO OESTE:**

483. - La pista de los cien mil.

En Colección **PUNTO ROJO:**

865. - El testamento de Blaise Kordan.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.475. - Lluvia de oro.

En Colección **BÚFALO SERIE ROJA:**

988. - Pasaporte al más allá.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

170. - Trampa en Apache Creek.

En Colección **COLORADO:**

949. - Whisky caliente.

En Colección **KANSAS:**

867. - El largo camino hasta Albuquerque.

KELLTOM McINTIRE

UN LUGAR ENTRE LOS MUERTOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 875
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-0202520-X

Dépósito legal: B. 38.034 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1979

© Kelltom McIntire - 1979

texto

© Three Liona - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Alguien empujó mi silla de ruedas, pasillo adelante.

El sol fuerte del exterior me cegó a pesar de las galas oscuras de que alguien me había provisto.

Cerré los ojos, apreté los párpados...

Pasados unos minutos, los abrí con precaución.

Vi a algunos hombres que caminaban lentamente a lo largo de los caminos del jardín.

Otros permanecían sentados en los bancos o se columpiaban en las lujosas hamacas, situadas a la sombra de los árboles.

El hombre que empujaba mi silla de ruedas se detuvo.

Había adivinado que se trataba de un hombre, por su profunda respiración, claramente viril.

—¿Estás bien aquí, Joe? —preguntó, afablemente.

No contesté.

¿Qué era estar bien, estar mal...?

Yo no lo sabía.

—Voy a dejarte solo unos minutos, ¿de acuerdo, Joe? —dijo aquel hombre, a mi espalda.

Me dio unos golpecitos en el hombro y añadió:

—Pórtate bien, ¿eh?

Se alejó.

La gravilla del camino crujía cada vez más débilmente bajo sus zapatos.

Quedé allí, inmóvil, bajo los tibios rayos del sol matinal.

Miré con curiosidad a las personas que deambulaban de un lado a otro.

Había un joven de cabellos rubios y lacios, desgarrado, que paseaba sin cesar de un extremo a otro del jardín. De cuando en cuando, hacía unas curiosas muecas. Se diría que hablaba solo, en voz baja...

Otro, un hombre robusto, calvo, de unos cincuenta años, caminaba acompasadamente por el sendero. De repente corría un tramo a saltitos, se detenía, y proseguía su paso, con andar pausado y rítmico.

Había otro más, de unos treinta años, de rostro ascético y demacrado, que oraba continuamente, de rodillas, junto a un seto próximo. Podía oírle muy bien: rezaba el padrenuestro, una salve, el gloria... Pero, a veces, se equivocaba y pasaba de una oración a otra, equivocando términos y frases.

—¿Qué harán todos estos aquí? —pensé.

Me estremecí. Mis manos temblaron convulsivamente.

—¿Qué hago... YO? —murmuraron mis labios.

Durante unos minutos me sentí muy acongojado.

Pensaba, pensaba, pensaba frenéticamente...

Pero mi mente estaba vacía. Mi cerebro no me aportaba un solo dato que pudiera paliar mi angustia.

Un hombre se acercó, arrastrando los pies.

Los suyos eran unos pasos furtivos y lentos, y su expresión denotaba malicia y desconfianza.

Tendría unos cuarenta años, una espalda encorvada, unos brazos excesivamente largos...

Sus cabellos eran muy negros y tiesos, y brillaban con reflejos azulados, cuando el sol daba en su cabeza.

Tenía un rostro largo, caballuno, una mandíbula prognática y unos hondos y negros ojos brillantes.

Poco a poco se fue aproximando a mí.

Se diría que se ocultaba de algo o de alguien. Se detuvo parcialmente, oculto tras un seto, atisbo a través de los troncos de los árboles, y luego clavó sus hundidos ojos en mí.

—¿Cómo va eso, Joe? —murmuró. Y rompió en una risita conejil.

De repente, se quedó serio.

—¿Tienes cigarrillos? —preguntó.

Pero yo no respondí. ¿Cigarrillos...?

El hombre avanzó unos pasos, sacó algo de un bolsillo, puso el delgado cilindro en mis labios, y le prendió fuego.

Inconscientemente, aspiré y expulsé una bocanada de humo. Fumé con gran placer dos o tres chupadas.

—¡Pobre Joe! —dijo el otro—. Veo que estás destrozado. Sí, sí, no lo niegues. Estás tan delgado y demacrado Por lo menos, has debido perder diez o doce kilos de peso. ¡Dime, Joe! —Sus negrísimos ojos se clavaron en mí, excitados—. ¿Cuántas veces te dieron el electro-*shock*?

Yo no respondí.

Fumaba. El aroma del cigarrillo me gustaba, aspirar el humo me tranquilizaba mucho.

—¿No contestas? Bueno, ya sé que eres un tipo de una pieza. Claro que con el pobre Tony Remington te pasaste... ¡Estuviste a punto de estrangularle!

Se separó de mí, dio unos cortos pasos para atisbar hacia la fachada del edificio próximo, y volvió.

—Nadie se lo podía explicar, Joe... ¿Por qué le empeñaste en matar a Tony? ¿Es que le conociste fuera?

Fuera.

—En fin, supongo que son cosas tuyas, y por eso no quieres hablar. De todas formas, si necesitas algo, dintelo: te ayudaré en lo que pueda —rió otra vez entre dientes, y quedó súbitamente serio—. ¿Sabes una cosa, Joe? Todos te temen como al mismo diablo. Ellos. Y también algunos de nosotros. Pero yo no: sé que a mí no me harías nada malo, ¿verdad, Joe?

Alcé la cabeza y le miré.

—¿Quién... eres, tú? —pregunté torpemente.

Volvió a dejar escapar una risita de conejo, y puso ambas manos sobre su pecho.

—¿YO? ¿Es que ya no me conoces, Joe? ¿No conoces al viejo Tom Hays? —exclamó, haciendo visajes como un cuadrúmano.

Tom Hays. Aquellas dos palabras no encontraban el menor eco en mi cerebro.

Tom volvió a sacar el paquete de tabaco y el mechero, y metió ambas cosas apresuradamente en uno de mis bolsillos.

—Quédate con ello, Joe Así podrás fumar unos cuantos en tu celda. Pero no digas que te los he dado yo, ¿eh? Oye, ¿de veras no me recuerdas? —rió de repente, y exclamó—: ¡A lo mejor ni siquiera recuerdas tu nombre...!

—No... recuerdo... mi nombre —repetí.

—¡Pobrecillo! Has debido pasarlo muy mal, según veo. Yo te

diré tu nombre: te llamas Joe Richards —hizo unos signos como si escribiera aquellas palabras en el aire y repitió—: Joe Richards.

—Joe Richards —repetí yo, maravillado.

—No tienes que temer nada, Joe. Tony Remington está bien. Pero se salvó de milagro... ¡Tienes unas manos tan fuertes...!

Tony Remington. Mis manos... fuertes.

Las miré.

Sí. Eran unas manos grandes, de largos y fuertes dedos... capaces de estrangular.

Las froté entre sí, maravillado, y apreté con fuerza.

Luego las alcé y palpé mi rostro, como si acabase de descubrirme a mí mismo. Y así era.

Mis dedos palparon un mentón fuerte, unos labios duros, unas mejillas descarnadas...

De repente, mis músculos se aflojaron y mis brazos cayeron, inertes, sobre las cromadas ruedas de la silla.

Mis facciones se tensaron y mis dientes rechinaron. Palpitaban mis sienes y mi cuerpo temblaba...

Estaba realizando un tremendo esfuerzo por adivinar, por saber cosas. Pero ningún dato revelador surgía en mi mente.

Mi expresión debía ser horrible, porque Tom Hays se retiró, aterrorizado.

—Bueno, Joe. Volveré a verte. Ya veremos... —murmuró. Y se alejó como una rata asustada.

Cerré los ojos, respiré profundamente.

Permanecí así algún tiempo. No podría decir cuánto.

Notaba que el sol calentaba mi cabeza, mis brazos y mis piernas...

Al cabo, oí de nuevo las pisadas sobre la gravilla.

—Ya estoy aquí, Joe. ¿Qué...? ¿Más animado? —preguntó una voz viril, a mi espalda.

No respondí. ¿Qué podía decir...?

—Vamos, le llevaré a dar un paseo. Te sentara bien.

Empujó despacio mi silla, y me dirigió camino adelante, a través de las frondas.

Miraba con enorme curiosidad a las personas que se cruzaban con nosotros, a través de los enarenados caminitos del jardín, magníficamente cuidado.

Todos tenían la misma expresión de indiferencia, de profundo y dramático desinterés.

Caminaban como autómatas. La mayoría hincaban la barbilla en el pecho, y seguían su eterno caminar, sin detenerse a mirarme.

—Vas a ponerte bien, Joe. Has mejorado mucho en los últimos días. Si te portas bien, dentro de poco podrás salir al jardín solo. Cuando tus piernas estén en situación de sostenerte. Pero tienes que prometerme que te portarás bien, ¿eh? Nada de peleas ni de altercados... Caso contrario, ya sabes lo que te espera —decía el hombre que empujaba mi silla de ruedas.

Ya sabes lo que te espera...

Tom Hays había pronunciado la palabra electroshock. Pero ¿qué era el electroshock...?

—Nosotros sólo pretendemos evitar jaleos, Joe. Si tú te portas bien, nosotros te dejaremos en paz. Pero si te empeñas en seguir como antes...

—Electroshock —dije yo.

—Exactamente, Joe. Veo que vas comprendiendo —respondió el hombre.

El paseo duró poco más de un cuarto de hora. Al cabo de aquel tiempo, mi acompañante orientó el pequeño vehículo hacia el edificio del que habíamos salido.

—Ahí está Tony Remington —dijo el hombre—. Lo mejor sería que le pidieras perdón. Sería un hermoso gesto por tu parte.

El hombre al que se refería estaba de espaldas. Era alto, y sus cabellos rubios flameaban al viento.

En aquel momento se volvió y le vi. Era un hombre joven, guapo, de ojos azules y facciones correctas.

Remington también me vio a mí, y reculó, asustado.

De repente, mi cuerpo vibró como una brizna de hierba agitada por el huracán.

Mis dientes chirriaron, y mis músculos se envararon.

Como un resorte de acero, potente y bien templado, mi cuerpo se elevó velozmente y saltó de la silla.

Segundos después, me abalanzaba sobre Tony Remington y le derribaba.

En el suelo gruñí algo entre dientes, y mis fuertes manos buscaron, ansiosas, su cuello delgado.

Oí unos gritos, voces descompuestas:

—¡Apártate, Joe! ¡Suéltalo!

Pero mis manos apretaban y apretaban, y el hombre que estaba bajo mí no ofrecía la menor resistencia.

Entonces comenzaron a golpearme. A patadas, a puñetazos, con porras... Pronto sentí mi propia sangre, tibia y viscosa, empapar mis cabellos.

Pero mis manos seguían haciendo presa en aquel cuello flácido, y el rostro de Remington comenzaba a amoratarse.

De repente, mi cabeza estalló, y mis ojos advirtieron un relámpago cegador.

A partir de aquel momento, ya no sentí nada. Ni la sibilante respiración de Remington, ni los gritos de temor o las voces coléricas que pronunciaban constantemente aquel nombre:

—¡Joe, Joe, Joe...! ¡Lo vas a matar! ¡Suéltalo!

CAPÍTULO II

Las voces sonaban quedas, a unos metros de distancia.

—¿Quién podía imaginarlo? Las piernas de Joe...

—Lo sé, lo sé. Yo mismo creí que sus fracturas no habían soldado perfectamente aún, pero ya hemos comprobado que él podía utilizar sus piernas.

—Es un tipo de una fuerza increíble. Hubo que golpearle repetidas veces en el cráneo pura que soltara a Remington, antes de que consiguiera estrangularlo...

—Por segunda vez, no lo olvidemos. Ha sido un error tremendo, que pudo costarnos caro. Si Joe hubiera matado a Remington, resultaría prácticamente imposible evitar el escándalo.

—Lo siento, doctor Hammond. No volverá a ocurrir.

—Deben procurar que no ocurra más. Caso contrario...

—Descuide. Nos ocuparemos de Joe... Dígame, doctor: ¿cuál va a ser el tratamiento?

Hubo una leve pausa.

—Hemos comprobado que el electroshock sirve de poco para Joe, excepto para disminuir momentáneamente sus accesos de violencia... Volveremos, entonces...

—¿Inyecciones?

—Sí. No lo olviden. Tenemos que evitar que Joe Richards pueda recordar. Todos nos jugamos mucho en esto. Dinero, seguridad y...

—Sí, sí, no nos lo repita. Sabemos lo que tenemos que hacer a partir de ahora —respondió alguien, con voz nerviosa.

Se oyó el leve chirriar de una puerta. Los pasos se alejaron pausadamente.

Respiré.

Mis músculos y mis nervios estaban absolutamente relajados.

Además, había despertado con la mente lúcida y ágil, sin el embotamiento habitual.

Mis sentidos respondían bien. Había percibido la fragancia de un masaje varonil, aunque aquellas personas se encontraban a más de cien metros de mi lecho.

Yo *sabía* que, por segunda vez, había intentado estrangular a un joven llamado Tony Remington.

Lo que ignoraba era por qué.

Según podía deducir de la conversación que acababa de oír, yo me había roto las piernas. Preguntarme cómo o por qué era absurdo, puesto que yo nada recordaba.

La frase que más profundamente se había grabado en mi cerebro era:

No lo olviden. Tenemos que evitar que Joe Richards pueda recordar.

Al parecer, Joe Richards... era yo. Pero ¿por qué tan desmesurado interés en que no pudiera recordar?

—¿Qué es lo que yo puedo recordar?

Me iban a inyectar.

Iban a someterme a un tratamiento de drogas lo suficientemente poderosas como para asegurar que yo jamás podría tener memoria.

Hasta entonces yo no había tenido voluntad. No comprendía, no entendía nada, me veía dominado por la apatía.

Pero ahora sabía algo importante: que alguien estaba sumamente interesado en que yo no recordara.

Mi interés comenzaba a despertar. Una curiosidad enorme se iniciaba en mí.

Quién. Por qué. Cuando. Dónde. Ésos eran ya mis vocablos preferidos.

«Tengo que evitar esas inyecciones», pensé.

Abrí los ojos.

El sol penetraba, alegre, a través de una ventana... enrejada.

La pieza en la que me encontraba era una blanca y limpia habitación de hospital.

Una ventana, una puerta al fondo —del lavabo, probablemente— y otra blanca y maciza a mi derecha.

Una cama de hierro esmaltado, una mesilla. Eso era todo.

Fui a incorporarme, pero la banda que sujetaba mi pecho me lo impidió. También estaban sujetos mis brazos y mis piernas, por sólidas ajorcas de cuero.

Me desesperé.

Si me habían inmovilizado, ¿cómo iba a impedir que me inyectasen?

Sentí ganas de dormir. Cerré los ojos, y noté que el sueño venía, veloz, a mí.

Pero hice un gran esfuerzo por mantenerme despierto. Si dormía, me inyectarían impunemente. Por el momento no tenía grandes esperanzas de lograr impedirlo, pero, de todas formas, decidí seguir despierto.

Me sentía extenuado, flojo como una criatura, después de la última y prolongada sesión de electroshock.

—Descansa, relaja tus músculos, no gastes tus pocas energías inútilmente —me dije a mi mismo—. Pero no duermas.

Y ¿para que todo aquello?

La respuesta sonó fluidamente, procedente de mis labios.

—Tienes que intentar la fuga. Como sea. Incluso a costa de la vida.

¡La vida, mi vida!

¿Qué importaba la vida de una persona que no era nadie?

A pesar de todo, la fuga era lo que importaba. Pero ¿cómo, por dónde, cuándo?

Transcurrió una hora. A juzgar por el sol, debían ser las doce del mediodía, aproximadamente.

Oí el rumor de un cerrojo que se descorría. Un hombre corpulento, moreno y cariancho, penetró en la habitación.

—Ya has despertado, ¿eh? —Gruñó. Me miró con los brazos en jarras, y movió la cabeza—. No te portaste bien, Joe. Faltaste a mi confianza, y la armaste buena... Por poco matas a Tony Remington. Y me gustaría saber por qué...

Dejó sobre la mesilla una bandejita, con el equipo de inyecciones.

Pensé que también a mí me gustaría saber por qué había tratado de asesinar —por dos veces— a aquel desconocido Tony Remington.

Pero ahora debía dedicar toda mi atención al hombre que acababa de aparecer.

Yo reconocía aquella voz, aunque no recordaba su rostro vulgar. Debía ser mi... cuidador, un ¿loquero, enfermero?

—No vale la pena confiar en ti, Joe —dijo el hombre, con acento de reconvención—. Me han llamado la atención, ¿sabes? Pudiste

meterme en un buen lío. Pero eso no volverá a ocurrir.

Abrió un estuchito, y puso sobre la bandeja una jeringuilla hipodérmica, una aguja, un trozo de algodón y una pequeña sierra de cortar ampollas.

Me iba a inyectar, iba a procurar, por todos los medios, robarme mis recuerdos, aquellos recuerdos de los que ni siquiera yo podía disponer, por el momento.

El hombre sacó una ampolla, la serró fácilmente y cortó la parte superior. En seguida sorbió su contenido con la jeringuilla, y adaptó la aguja en el cono.

Me miró.

—Súbete la manga del brazo izquierdo —ordenó.

Moví la cabeza furiosamente, y farfullé:

—Orinar. Lavabo.

El hombre me contemplaba, de hito en hito.

—Quieres ir al lavabo, ¿eh? Debería dejar que reventaras, pero en fin... Voy a soltarte.

Prudentemente se inclinó para desanudar primero las argollas de mis pies. Entonces alargué velozmente una mano, tomé la pequeña hoja de acero de cortar ampollas, y me la metí en la boca.

—Vamos. Ve —ordenó el hombre, en cuanto quitó la banda de mi pecho y las pulseras de mis muñecas—. Date prisa.

Me incorporé, indeciso, puse los pies en el suelo, me tambaleé y caí... ¡Dios santo, cómo me habían dejado las sesiones de electroshock...!

El enfermero me ayudó a levantarme, me guió hasta la puerta del lavabo, y me dejó.

Oriné. Un espejo irrompible me devolvió mi propia imagen. ¿O era la de Tony Remington?

Durante un momento me observé, perplejo. Porque la verdad era que mis facciones se parecían mucho a las de Remington, aunque hubiera algunas diferencias: por ejemplo, yo era más musculoso y fornido, más ancho de hombros, más compacto.

Parpadeé. ¿Qué había intentado, al atacar a Tony Remington? ¿Quizá destruir mi propia imagen...?

Unos golpes sobre la puerta me hicieron reaccionar.

Salí.

Por un momento, la idea de atacar al robusto enfermero me

tentó. Pero la deseché en seguida... ¿qué hubiera podido hacer yo, exhausto, sin fuerzas?

Me dejé caer sobre el lecho, sin oponer resistencia.

La aguja se clavó un momento después en mi brazo izquierdo.

Inmediatamente sentí un tremendo, intolerable calor en la boca, en la garganta, en los esfínteres...

Por el rabillo del ojo, advertí que el hombre observaba mis reacciones.

Cerré los ojos, aflojé mis músculos y quedé inmóvil.

Un momento después escuché los pasos del enfermero y el rumor del cerrojo, desde el exterior.

Un sopor intenso me invadió rápidamente.

—¡La fuga! —murmuré.

Me incorporé, con un esfuerzo. Por fortuna, el enfermero debía conocer muy bien el efecto de la inyección que acababa de ponerme, puesto que ni siquiera se había ocupado de volverme a atar.

Saqué la cuchilla de mi boca, busqué el pinchazo, y ahondé en él hasta que brotó la sangre.

Entonces apreté el músculo con mi mano derecha, intentando por todos los medios extraer el líquido inyectado. No era demasiado difícil, pues la inyección era intradérmica, y había formado un bultito bajo la piel.

Poco a poco, el bulto fue reduciéndose. La sangre y el líquido, mezclados, corrieron sobre mi piel, hasta el codo.

Busqué un pañuelo en la mesilla de noche, y restañé la sangre, antes de que pudiera manchar las sábanas. Luego seguí apretando y apretando mi brazo hasta que la piel quedó enrojecida e irritada.

El pañuelo quedó profundamente empapado en sangre, y tuve que tomar otro para aplicarlo sobre la herida, hasta que la hemorragia se cortó.

Poco a poco, aquella modorra, provocada casi instantáneamente por la inyección, se fue desvaneciendo. Absolutamente inmóvil, inspiré profunda y acompasadamente y descansé.

CAPÍTULO III

La suerte me había acompañado. De momento.

¿Cuándo volverían a inyectarme? ¿Esa misma noche o al día siguiente?

Tenía que procurar que no descubriesen la herida, que yo mismo me había inferido en el brazo, pues en tal caso sospecharían, y acabarían encontrando la cuchilla.

¿Cuánto podría resistir? No mucho, desde luego. La próxima inyección me la pondrían en el brazo derecho, pero después...

Me arrojé fuera de la cama, caminé despacio hasta la puerta de la derecha y escuché. Nada, todo estaba en silencio.

Entonces me acerqué a la ventana, y miré a través de ella.

Calculé que me encontraba a la altura de un tercer piso. Es decir, unos diez o doce metros sobre la superficie.

Desde donde me encontraba podía ver el jardín. Unos sesenta hombres, de diversas edades, paseaban sin rumbo por los caminitos.

—Locos —murmuraron mis labios, sorprendentemente.

Aquello me angustió.

¿Qué era yo?

Probablemente otro loco. Un loco peligroso, que había intentado asesinar a un semejante, por dos veces consecutivas.

Aquellos pensamientos estaban a punto de hacerme zozobrar. Por lo tanto, los aparté de mi mente, con un esfuerzo de voluntad.

Mis pensamientos siguieron otros derroteros: estaba imaginando un plan de fuga.

Empujé lentamente la puerta del lavabo para evitar que produjera ruidos.

Había allí una pequeña ventanita de poco más de medio metro de altura por otro tanto de anchura. Un ventanuco... enrejado también.

Estaba considerando mis posibilidades, cuando escuché unos pasos en el exterior, próximos.

Volví apresuradamente al lecho, oculté los pañuelos y la pequeña lima en la almohada, y adopté la misma postura en que me había visto, por última vez, el enfermero.

Sonó el rumor del cerrojo, unos pasos avanzaron dentro de la habitación...

Unos dedos giraron mi cabeza y elevaron mis párpados, al mismo tiempo que yo elevaba mis globos oculares hacia arriba.

Contenía la respiración, procuraba que mis músculos estuvieran relajados al mismo tiempo, mantenía mis ojos rígidos... Todo ello era muy difícil de conseguir al mismo tiempo.

Pero...

—Bien, Lodburg —pronunció la recia voz que debía corresponder al doctor Hammond—. Inyéctele nuevamente mañana, a la misma hora.

—Sí, doctor Hammond. No le perderé de vista.

—Eso espero, por el bien de todos.

Los pasos se alejaron, pero yo no me moví un milímetro hasta que sonó el cerrojo.

Respiré a gusto Me sentía infantilmente contento... ¡No iban a volver a inyectarme hasta el día siguiente!

Durante largo rato reflexioné sobre ello. Si lograba evitar los efectos de la segunda inyección, yo dispondría de un plazo mayor para recuperar mis fuerzas.

Pero ¿valía la pena exponerme? Si descubrían la pequeña lima, todo estaría perdido.

—Tengo que escapar esta noche —decidí.

Ya había tomado la decisión. Ahora era preciso disponer... los medios.

¿Qué medios...?

No tenía más herramienta que la diminuta sierra de cortar ampollas. Animosamente, la tomé en mis manos, me levanté y fui a la ventana.

Ataqué uno de los barrotes, de dos centímetros de grosor.

Quince minutos después, mis dedos empezaron a sangrar, y carecían de fuerza para seguir utilizando la sierrita. Lo peor de todo era que el acero apenas había hecho mella en el barroto.

Deseché aquel sistema. Tenía que buscar otro.

En el lavabo no encontré nada que pudiera ayudarme. Volví a mi lecho y reflexioné.

Poco a poco fui madurando un plan de acción. Podía comenzar por... una de las patas de la mesilla de noche, por ejemplo. Estaban hechas de tubo de hierro hueco, pero una pata podía constituir un arma lo suficientemente contundente.

Desde luego, no gasté mis escasas fuerzas inmediatamente.

Hacia las tres, el cerrojo volvió a descorrerse. Fingí dormir, me tocaron bruscamente en un hombro, y abrí los ojos.

—Incorpórate, Joe —dijo Lodburg—. Te traigo el almuerzo.

Gruñí entre dientes, y me levanté, fingiendo una torpeza que evidentemente no sentía.

Puso una bandeja sobre mis piernas, y me vigiló mientras comenzaba a comer. Disimulaba mi feroz hambre, comía despacio, como desganado, e imprimía a todos mis movimientos la suficiente lentitud como para convencer a aquel hombre de que su inyección había obrado los efectos previstos.

La comida no era muy abundante. Apenas un consomé, un filete y una diminuta ensalada. No era difícil imaginar que me mantenían a media ración deliberadamente, para restarme fuerzas.

Lodburg fue al lavabo, abrió la puerta y pareció convencido de que todo estaba en regla.

Al cabo, recogió la bandeja y se marchó.

Descansé durante una hora. Las fuerzas volvían lentamente a mí.

A las cinco, Lodburg volvió a visitarme. Yo fingí que dormía, y sólo cuando me zarandeó abrí los ojos, y compuse una expresión estúpida.

—Muy bien. Sigue durmiendo, Joe —me recomendó.

De hora en hora, Lodburg hacía una visita a mi habitación. Poco después de su inspección de las seis, saqué el cajón de la mesilla, y tanteé una de las patas posteriores.

Sujeté con una rodilla y apalanqué con fuerza. Cedió poco a poco, hasta doblarse. Después sólo tuve que plegarla en uno y otro sentido hasta que el metal, resentido, estuvo a punto de cortarse.

Dejé la pata así, la enderecé y situé la mesilla de forma que no se advirtieran mis manipulaciones.

Mi plan de fuga era elemental: a la hora de la cena, yo estaría

esperando a Lodburg tras de la puerta. Entonces le golpearía con la barra de hierro hasta dejarle fuera de combate, le introduciría en la habitación, y rápidamente cambiaría mis ropas por las suyas.

A partir de allí, todo quedaría al azar. No conocía o no recordaba la disposición de las diferentes dependencias y pasillos, por lo cual nada podía adelantar, respecto a ello.

Esperé con ansiedad hasta las siete. Sin saberlo a ciencia cierta, yo imaginaba que la cena debería servirse a las ocho, y por eso me quedé en la cama, cuando se oyeron los pasos de Lodburg.

En efecto, a las siete el enfermero giró otra visita de inspección. Había, pues, que prepararse para las ocho.

Desprendí por completo la pata de la mesilla, y la sopesé en mi mano. Serviría para el fin que yo la destinaba.

—¿Y si se me va la mano y... le mato? —reflexioné. Pero al fin y al cabo, yo sólo era un pobre desesperado, que no podía elegir lo más conveniente.

Lentamente, se aproximó la hora.

Salté del lecho cuando escuché los pasos, tomé la barra con decisión, y me acerqué a la puerta.

Sonó el cerrojo, la puerta comenzó a abrirse...

Vi la bandeja. De una sola ojeada, pude advertir que el menú era extraordinariamente abundante y succulento. ¡Lástima que yo no pudiera gozar de él aquella noche...!

Lodburg me vio y se detuvo, sorprendido.

Peto mi barra cayó pesadamente sobre su cabeza. Ya estaba dispuesto a golpearle otra vez, cuando el enfermero cayó pesadamente al suelo y la bandeja se fue de sus manos, desparramándose su contenido.

Sólo en aquel momento advertí que había otra persona. Una guapa joven morena, que me contemplaba, despavorida.

Bruscamente puse una mano sobre sus labios y la atraje hacia mí, de un violento tirón.

—Cállese o la mato —murmuré, decidido a golpearla si me desobedecía.

Sus inmensos ojos negros se desorbitaron, de puro terror.

—Si me ayuda no le haré el menor daño —prometí.

Hizo un signo afirmativo con la cabeza, y retiré mi mano de su boca.

Rápidamente, cerré la puerta, comprobé que Lodburg no significaba ningún peligro, y comencé a desnudarle.

—Ayúdeme —ordené a la joven.

—¿Qué... qué debo hacer? —murmuró.

—Quítele los pantalones y los zapatos.

Vaciló, pero al fin obedeció.

Yo me quedé rápidamente en calzoncillos, y me puse la ropa del enfermero.

—Tiene que ayudarme. ¿Cómo se llama?

—Doctora Jenny Parrish —respondió.

Me sorprendió. La había tomado por una vulgar enfermera.

—Usted conoce estos edificios. Quiero salir de aquí. Tiene que guiarme —exigí.

Retrocedió un paso pero yo tenía la barra en la mano, y mi decidida actitud debió convencerla.

—Sígame —dijo, temblorosa.

Avanzamos por el pasillo, y llegamos hasta la planta de ascensores y montacargas. Pero un hombre —un enfermero, supuse — apareció al final del pasillo, y la doctora Parrish me empujó hacia la próxima escalera.

—Por aquí.

Mientras descendía, notaba mi suprema tensión. De un momento a otro, esperaba oír el ulular de las sirenas, avisando de mi fuga.

En la planta inferior, echamos una ojeada y seguimos descendiendo.

Pero, bruscamente, nos detuvimos en los últimos peldaños, próximos a la planta baja. Allí existía mayor movimiento, a juzgar por el rumor de voces que llegaba claramente a nosotros.

Empujé a la mujer, nos aproximamos a la esquina y susurré:

—Eche una ojeada. Vea si podemos seguir adelante y por dónde. No trate de venderme o... lo lamentaré.

Me miró de una forma muy especial.

—No pienso... venderle —dijo.

Se separó un paso de mí, y yo me aproximé a ella, desconfiado.

—¡Ahora! —dijo ella. Y tiró de una de mis manos.

Corrimos a toda velocidad. Ella empujó una puerta, y salimos.

Estábamos en el jardín. El frescor del follaje estalló en mi rostro como una caricia húmeda.

—¿Adónde vamos? —pregunté—. Estoy desorientado.

—Venga conmigo —respondió en un susurro.

Aprovechando los lugares más sombríos, nos adentramos en el jardín.

No habíamos llegado aún a la mitad, cuando resonó el aullido hiriente de una sirena.

Potentes focos se encendieron en lo alto de los tejados, y los distantes muros de piedra quedaron profusamente iluminados.

CAPÍTULO IV

Quedé petrificado.

Durante unos minutos, permanecí rígido, sin capacidad para reaccionar.

Por fortuna, Jenny Parrish volvió a tomarme de una mano, y me arrastró a través de las frondas.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

Pero ella no se detuvo hasta que alcanzamos un edificio circular, situado junto a los muros exteriores.

Agachados, vimos aparecer algunas figuras, que corrían entre los árboles. Un momento después, pudimos escuchar los ladridos de unos sabuesos.

—¡Estoy perdido! —susurré—. Tienen perros... ¡No podré escapar!

Jenny apretó mi mano.

—Cálmese —dijo—. Quizá haya una solución.

—¿Cuál?

—Después se lo explicaré. Ahora tenemos que alcanzar una de esas ventanas —dijo.

Miré hacia arriba y vi una ventana, a través de la cual se movía un visillo, a impulsos del viento.

Se oían los gritos excitados de los hombres que me buscaban. ¿Qué hacer? Sólo podía seguir los consejos de la doctora Parrish. Si ella me engañaba...

—Vamos —dije—. Suba sobre mis hombros.

Obedeció. Yo la tomé por los tobillos, y me erguí. Jenny alcanzó fácilmente la ventana, y desapareció dentro.

Los ladridos se aproximaban. Di un salto hacia arriba, alcancé el alféizar y me icé hasta arriba.

Al dejarme caer al otro lado, mis piernas se resintieron del golpe, recordándome que se habían fracturado poco tiempo antes.

Tanteé en la oscuridad, y toqué a la doctora Parrish.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En el depósito de cadáveres —respondió.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Jenny debió advertirlo porque dijo:

—No tema, Joe. No hay ningún cadáver.

Asomé la cabeza lentamente por encima del alféizar, y atisbé el exterior.

Varios hombres recorrían los muros. Tres de ellos quedaron de vigilancia allí, para impedir mi fuga.

El terror se apoderó de mí, al comprobar que estaban armados. Se lo dije a Jenny, y ella se irguió junto a mí para mirar.

—¡Es cierto! —susurró—. ¡Dios mío, no puedo entenderlo! ¿Es que hacen falta armas de fuego para detener a un...?

—¿Loco?

Calló, tragó saliva... Parecía fuertemente impresionada por el hecho de que aquellos hombres portasen armas.

Pasos rápidos se aproximaron entre las sombras.

—¡Aprisa, aprisa! —siseó Jenny—. Deme la mano, y déjese guiar por mí. Me temo que se disponen a registrar este edificio.

Mis ojos se habían habituado ya a la penumbra que reinaba en el tétrico recinto, pero, de todas formas, me dejé guiar por la joven doctora Parrish.

Corrimos a lo largo de un pasillo, Jenny empujó una puerta, y nos detuvimos en medio de una estancia rectangular, cuyo extremo frontal estaba cubierto por grandes cajones a modo de ficheros.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—La «nevera». Así suelen llamarle. Bueno... son cajones frigoríficos para conservar cadáveres —respondió ella.

—¿Por qué me has traído aquí? —exclamé excitado—. Es un lugar repugnante, tenebroso.

—Sí —asintió—. Pero también el único escondite seguro para usted.

Retrocedí de un respingo.

—¿Cómo...? ¿Piensa que voy a esconderme en uno de esos... cajones? —exclamé.

Jenny puso sus dedos sobre mis labios.

—¡Chisst! No alborote. Ellos están muy cerca. Escúcheme con

atención, Joe: el único sitio que no registrarán, si entran aquí, es éste. A nadie se le ocurriría pensar que estamos metidos en un cajón frigorífico —explicó.

—¿Estamos?

—Sí. Yo también voy a meterme en uno de ellos, junto a usted. Es la única forma de que no desconfíe de mí... Vamos, démonos prisa, Joe. Acérquese. Yo entraré primero. Empuje el cajón hacia adelante. Luego métase en el más cercano al mío. Introduzca primero los pies, sitúese boca arriba, y haga rodar el cajón hacia adentro con las manos.

Yo temblaba de excitación y de... miedo.

Jenny, decidida, tiró de un cajón bajo, y se tendió sobre él.

—Escuche —balbucí—. ¿No nos asfixiaremos ahí dentro?

—No lema. Hay suficiente ventilación interior —respondió, animosa.

Empujé despacio el cajón sintiéndome profundamente angustiado.

Pero en alguna parte del depósito chirrió una puerta, y ello me decidió a actuar.

Tiré del cajón contiguo al de la doctora Parrish, metí mis piernas, y me acomodé en su interior.

En seguida, estiré mis largos brazos, me apoyé en la parte superior del marco y el cajón se deslizó, silenciosamente, hacia las sombrías profundidades.

Mi corazón palpitaba locamente en el pecho, parecía a punto de estallar.

A pesar de ello, mis sentidos estaban despiertos, alerta. Escuché unos pasos rápidos y unas voces.

—¡La sección de frigoríficos! ¡Hay que echar una ojeada allí!

Oía ruido de puertas que se abrían y cerraban violentamente. Luego, los pasos sonaron muy cerca ya.

A través de algún resquicio, la luz penetró en mí «nevera».

Apreté firmemente la barra de la mesilla en mi mano derecha. Si abrían el cajón que me servía de escondrijo...

Los pasos se alejaron, la luz se apagó, sonó el rumor de la puerta batiente...

—¡No está aquí! Salgamos... Hay que registrar todos los setos y recovecos del jardín. ¡No podemos dejarle escapar!

Los ruidos cesaron, las voces se alejaron paulatinamente hasta que de nuevo pude escuchar perfectamente los latidos de mi corazón.

«Me persiguen como a un perro rabioso, como a una fiera mil veces peligrosa», pensé.

Pero ¿por qué?

Quizá yo era mil veces peligroso... ¿No había intentado matar a Tony Remington?

Una voz susurrante, interrumpió mis pensamientos.

—¡Joe...!

—¿Sí?

—Creo que podemos salir. Pasó el peligro —dijo la doctora Parrish.

Me adherí, con las palmas de las manos, al techo de mi nicho, y el cajón se deslizó hacia fuera sobre sus silenciosos rodamientos.

Bajé. Tiré del cajón que contenía a Jenny, y ella tomó mis manos, trémula, y se reunió conmigo.

—Ahora debemos esperar algún tiempo, Joe. Después... le será fácil escapar —susurró.

—¿Cómo?

—El edificio tiene un atillo. En el pasillo de entrada hay una trampilla en el techo, a través de la cual podrá llegar arriba. Luego sólo tendrá que mover unas cuantas tejas para acceder al tejado. Y desde allí, directamente, al exterior.

Respiré hondo.

—¿Por qué hace esto, por qué me ayuda? —inquirí, muy excitado—. Usted... es una de ellos.

Oí la rápida respiración de la mujer, muy próxima.

—Yo sólo estoy cumpliendo mi internado en la clínica Warner, Joe, antes de terminar mi carrera de doctora en Psiquiatría. Pero no estoy de acuerdo con ciertos métodos que se llevan a cabo aquí, ¿lo comprende?

—No sé —respondí, desconcertado.

—¿Sabe por qué acompañé a Lodburg, el enfermero, a su habitación? Había oído hablar de usted... Varias veces traté de verle, de conocerle, pero siempre me lo impidieron tajantemente. Había algo raro en el ambiente. Nadie podía verle, ni siquiera acercarse a usted. Todo ello aguijoneó mi curiosidad. Y así pude

comprobar que casi le estaban matando de hambre.

—¿Sólo de hambre? —murmuré.

—Hablé al doctor Hammond. Yo me opongo sistemáticamente al empleo del electroshock, siempre que no sea imprescindible. Para mí el «electro» puede ser fácilmente desterrado como medio de terapia mental.

—¡Terapia mental! —exclamé, furioso—. A mí me sometían continuamente al electroshock, solamente para doblegarme, para convertirme en un ser inofensivo.

Me agité, nervioso, pero Jenny me retuvo suavemente por un brazo.

—¡Pobre Joe! —murmuró, compadecida—. Algo así sospechaba yo... De ahí mi interés por establecer relación con usted. Convencí a Lodburg para que me permitiera acompañarle a su habitación, e insistí en que debían alimentarle como era debido. Lodburg... Bueno, seguramente pensó que iba a conseguir algo de mí a cambio, y permitió que le acompañara. Eso es todo.

Callamos durante unos minutos. Permanecíamos atentos a los rumores que llegaban desde el exterior.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta, Jenny. ¿Por qué me ayudó en mi fuga? —insistí.

—¿Cómo explicárselo? Le oí hablar, le observé... Sus reacciones no eran las de un loco. Creo que fue algo instintivo. De repente pensé que usted no debía estar aquí, en una clínica para enfermos mentales. Fue como..., una corazonada. Luego...

—Siga —rugué, muy interesado, al notar que ella vacilaba.

—He visto a esos hombres. Algunos llevaban revólveres, otro empuñaba una carabina. ¿No lo comprendo? No son los procedimientos normales... Lo siento, Joe, pero ahora estoy segura de que dispararán contra usted, si lo encuentran:

—Yo también empiezo a pensar lo mismo. Pero... ¿por qué? —exclamé.

Era la eterna pregunta. ¿Por qué...?

Por desgracia, Jenny Parrish tampoco tenía respuesta para ello.

—Lo ignoro. Pero intuyo algo horrible, tenebroso, en todo esto —susurró. Y noté que se estremecía.

Súbitamente pensó en ella, en Jenny, en su posible responsabilidad, en las represalias.

—¿Y usted..., tú, qué vas a hacer? Te interrogarán, te harán miles de preguntas, tal vez te acusen, adivinarán que me has ayudado a huir... —exclamé, excitado.

Jenny vaciló.

—No sé qué hacer... Lo más prudente sería solicitar la baja, y terminar mi internado en un lugar menos... peligroso. Pero...

—¿Qué...?

—Se me ocurre algo mejor —la voz sonaba más animada—. Diré que me obligaste a acompañarte por la fuerza, que me golpeaste y saltaste el muro. Me arrastraré por el suelo, ensuciaré mis vestidos... ¡Sí! Creo que podré contar una historia verosímil.

—¿No será peligroso para ti? —dije.

—No lo creo. Es lógico que me plegase a las amenazas de un loco peligroso, ¿no? —rió, nerviosa.

Calló un instante, y luego preguntó:

—¿Y tú? ¿Tienes algún sitio adonde ir, dónde guarecerte?

—No. No sé quién soy, no recuerdo nada —respondí.

Jenny presionó suavemente una de mis manos. Entonces advertí que seguía aferrando la barra de hierro, y me sentí culpable.

—Siento haberte amenazado, Jenny. Ahora sé que eres buena —murmuré con torpeza, pero muy emocionado.

—Tú no tenías dónde elegir, Joe. Olvídalo. ¿Qué podríamos hacer? Escucha, podrías alojarte durante unos días en mi apartamento. No es gran cosa: dos habitaciones en el número 2809 de Lincoln Avenue.

Oí un rumor metálico. Jenny estaba separando una llave de su llavero.

—Tema, guárdala. Ve allí, entra discretamente, y no salgas hasta que yo pueda reunirme contigo —dijo.

—Pero... ¡No puedo aceptar! Te complicaría innecesariamente. Con estas ropas...

—He pensado en ello. Necesitas otras ropas. Ve a mi apartamento, Joe. Yo me ocuparé de todo. Estoy esbozando un plan.

—¿Qué plan?

—Continuaré en la Clínica Warner. Tengo que averiguar quiénes son tus familiares, por qué te trajeron aquí. Todo. ¿Estás seguro de que tu nombre verdadero es Joe Richards? —me preguntó.

Oprimí mis sienes con los dedos.

—¿Cómo puedo saberlo? ¡No consigo recordar nada...!

—En tal caso, todavía me siento más animada a continuar en la clínica para averiguar todo lo que pueda —insistió Jenny, segura de sí misma.

—No sé... cómo agradecértelo, pero... ¡me parece tan peligroso!

—Tranquilízate, obraré con prudencia —susurró.

Me sentí más animado. La presencia, la proximidad de Jenny Parrish, me daba fuerzas para seguir adelante.

—¿Y ahora? —dije, acariciando la pequeña llave que ella había puesto en mi mano.

—Ven conmigo.

Salimos de la «nevera», atravesamos el pasillo y llegamos a la puerta.

—Alcanza el pestillo, Joe. La puerta se abrirá fácilmente —indicó Jenny.

Hice lo que quería, tiré de la puerta y la abrí.

Jenny me tomó por las manos y dijo:

—Ahora, Joe, tienes que pegarme. Golpéame fuerte en la barbilla.

—Pero... ¡No puedo hacerlo! —gemí.

—Tienes que hacerlo. O no podré llevar adelante mi plan. No te preocupes: me encontrarán pronto —insistió.

Todavía estaban registrando el parque. Se oían las voces de los enfermeros y los aullidos lejanos de los perros.

Cerré los ojos, disparé mi puño derecho y... las rodillas de Jenny se doblaron.

La dejé suavemente en tierra y retrocedí. Cerré la puerta y noté que mis ojos estaban llenos de lágrimas.

CAPÍTULO V

¡Al fin, estaba fuera...!

No había resultado difícil. Arrastrando un fichero hasta debajo de la trampilla, había alcanzado el altillo.

Ya allí, conseguí abrir un agujero suficientemente grande en el alero, y llegar al tejado.

Por fortuna, a aquella vertiente de la cubierta no llegaba directamente la luz potente de los focos. Así que me deslicé hacia abajo, vientre a tierra, y llegué junto al muro, dos metros más abajo.

Poco después, me descolgaba a tierra.

Me encontraba en un descampado. A lo lejos, vi las luces de unos faros de automóvil, y deduje que por allí cruzaba una carretera.

Tras una breve indecisión, eché a andar a buen paso, alejándome.

Apenas había recorrido trescientos metros, cuando detrás de mí sonaron unos gritos.

Sin detenerme, volví la cabeza. Brilló un fogonazo, y yo me dejé caer a tierra.

Una bala hizo rebotar violentamente un bote de hojalata, en un vertedero próximo. No cabía duda: tiraban a matar.

Contorneé el montón del vertedero, y seguí corriendo sin parar.

Crucé la carretera. A lo lejos divisé los faros de un gran camión de ruta. ¿Qué debía hacer? ¿Detenerme, hacer auto-stop, suplicar que alguien me sacase de aquel lugar...?

Seguí galopando hacia la zona más sombría, poblada de arbustos.

Mis piernas se cansaban, se negaban a seguir soportando mi peso. No podía ir mucho más allá, necesitaba esconderme. Urgentemente.

El lugar que atravesaba estaba poblado de arbustos. Los espinos azotaban mis flancos, y desgarraban mis blancas vestiduras.

Finalmente, agotado por completo, me detuve. Recuperé el aliento durante unos segundos, y dirigí mi vista alrededor.

A la izquierda, se adivinaba un pequeño altozano, cubierto de matorrales espesos. Caminé hacia allí, despacio, y me introduje en la intrincada y áspera vegetación.

No podía ir más adelante. Aguardaría allí, como un animalillo cercado por los sabuesos.

Me dejé caer en la umbría, arañado y herido por los afilados espinos. ¿Se decidirían a perseguirme hasta allí?

No estaba seguro de ello, pero algo me decía que los de la Clínica Warner no se arriesgarían mucho más allá de sus muros.

Pasaron lentamente las horas. Yo contemplaba el cielo estrellado, y noté que, poco a poco, la serenidad retornaba a mí.

La noche era suave y yo no sentía frío. Lentamente me recosté en el suelo y me dormí.

El sol, fuerte, me despertó. Debía ser muy tarde, quizá las once de la mañana o más.

Me incorporé. Mi cuerpo estaba envarado y dolorido por la difícil postura que había debido adoptar entre los arbustos, pero, lentamente, la sangre corrió libremente a través de mi sistema circulatorio.

Picaba el sol, y me puse en marcha. ¿Hacia dónde...? Yo no lo sabía, pero decidí dejarme guiar por mi instinto.

Había notado que podía percibir claramente las cosas, los accidentes del terreno, todo lo que me circundaba. Aquello me resultaba familiar, a pesar de que mi memoria no pudiera ayudarme.

Salí del matorral, y escogí el camino más despejado.

Los rayos del sol comenzaban a calentar mi cabeza, la temperatura iba en aumento por minutos.

Habría caminado durante una hora, cuando escuché el característico rumor de maquinaria en funcionamiento. Escalé una colina, y vi a mis pies el profundo tajo de una cantera.

Grandes máquinas *bulldozers* removían las rocas, y varios camiones muy pesados escalaban, con sus cargas, los caminos del profundo anfiteatro.

Descendí con cuidado. Instintivamente, cuando avisté el camino, alisé mis cabellos y sacudí los pantalones y la chaqueta, a los que se habían adherido hierbajos y espinos.

De repente, en una curva del camino, surgió un brillante «Buick» azul. El automóvil dejó una amarillenta polvareda tras de sí, y se aproximó a mí a gran velocidad.

Entonces se oyó un frenazo, y el vehículo se detuvo a mi altura. Una nube de polvo me envolvió.

El conductor, un hombre robusto, de rollizas mejillas, frente sudorosa y poblado bigote canoso, masticaba un habano.

—¡Ah, doctor! —exclamó—. Por fin, llega. Sí, sí, ya sé que resulta difícil dar con este condenado lugar. Pero no se quede ahí, suba.

Rodeé el coche y subí.

—Soy Sam Broocks, propietario de la cantera —el hombre me tendía la mano, que yo estreché, desconcertado—. ¿Dejó su coche arriba? Hizo bien, el camino es endiablado. Pero no tema, yo lo conozco bien, y le llevaré abajo en pocos minutos.

Tenía razón al decir que el camino era endiablado. Las pesadísimas cargas de los camiones habían abierto profundos surcos sobre la tierra, de forma que el «Buick» saltaba de un lado a otro, como un potro desbocado.

—Es Jim Handrup, uno de mis empleados —siguió Broocks, masticando sin cesar su cigarro—. Estaba trabajando en el tajo, cuando de pronto se desvaneció y cayó. Estuvo a punto de despeñarse por un precipicio de unos sesenta metros de profundidad.

El automóvil corría temerariamente cuesta abajo. De repente, apareció un camión en la curva, que nos envolvió en una densa polvareda. Por un momento, la visibilidad se tornó nula, y temí que nos precipitáramos al vacío.

Pero Broocks debía conducir por instinto, puesto que finalmente atravesamos aquella muralla de polvo, y seguimos descendiendo, siempre en sentido circular hasta que llegamos al fondo de la cantera.

El «Buick» se detuvo junto a un gran cobertizo.

—Venga, doctor —voceó Broocks—. Tenemos a Handrup en mi oficina.

Le seguí.

¿En qué lío me había metido? Brooks me había confundido con un médico, por lo que podía deducir. La culpa la tenían mi chaqueta y mi pantalón blancos, semejantes a los utilizados por los doctores en los hospitales y centros sanitarios.

¿Cómo salir del embrollo? Decidí seguir adelante, por encima de todo.

Penetramos en una espaciosa oficina que todavía olía a resina de pino, pues estaba enteramente construida de madera. Un obrero vigilaba al hombre que permanecía tumbado sobre un diván.

—Éste es Jim Handrup —dijo Brooks—. Haga lo que pueda por él, doctor.

Me acerqué, y vi que aquel hombre estaba desvanecido y respiraba con gran dificultad. Era un individuo de unos cuarenta años, casi calvo. La piel de su cráneo aparecía enrojecida.

—Se trata de una insolación —dije. Y yo fui el primer sorprendido.

—¡Se lo advertí, se lo advertí! —Gruñó Brooks, mesándose el espeso bigote—. Pero Jim se empeñó en trabajar a pleno sol, sin la protección del casco... ¿Qué podemos hacer, doctor?

—Hay que llevarle a un lugar más oscuro. Traigan agua fría y alcohol —indiqué.

Brooks llamó a gritos a algunos de sus empleados, y trasladaron al enfermo a una habitación sombría, a espaldas de la oficina.

Cuando trajeron lo que había pedido, froté frente y sienes con agua helada, y luego vertí alcohol sobre su enrojecido cráneo.

—Traíganme zumo de limón. Muy frío —pedí.

Un empleado trajo un tarro de zumo helado. Incorporé al enfermo, y le obligué a beber un sorbo.

Poco después, Jim Handrup abrió los ojos. Seguí empapando sus sienes con agua fría, y puse en sus manos el tarro de zumo para que bebiese cuanto le apeteciese.

Un cuarto de hora después, Handrup se ponía en pie, y conversaba tranquilamente con sus compañeros.

Brooks vino hacia mí, admirado.

—Magnífico, doctor. Se nota que conoce su profesión a fondo... ¡Parece milagroso! —exclamó, apretando mis manos.

—Recomiende a Handrup que no salga al sol. Llévelo a su casa.

Que se dé baños de pies calientes, y que beba refrescos ácidos y frescos, en la cantidad que le apetezca. De todas formas, será mejor que acuda a la consulta mañana, para mayor seguridad —dije, con sorprendente seguridad.

—Muy bien. Ahora, ¿quiere que le lleve en mi coche, arriba? —se ofreció Broocks.

—Me gustaría lavarme y refrescarme antes —dije—. Me he ensuciado las manos, y estoy sudando.

—Tom, acompaña al doctor a las duchas, y atiéndele bien —ordenó Broocks.

Un empleado me guió hasta un galpón próximo. Sacó de un armario una toalla limpia y una pastilla de jabón y me precedió hacia las duchas.

—¿Necesita algo más, doctor?

—Nada, muchas gracias —respondí.

El hombre se alejó y me dejó solo. Inmediatamente dejé la toalla y el jabón sobre una banqueta, y busqué les vestuarios.

Por fortuna, la mayoría de los armarios estaban abiertos. Inspeccioné uno por uno hasta encontrar ropas de mi talla. Finalmente encontré una chaqueta y un pantalón azules, muy frescos, y me los puse. Hice un rebusco con mi ropa, y la arrojé a un depósito de prendas sucias.

Abandoné el galpón, con precauciones. En aquel momento, un camión cargado de enormes bloques de granito cruzó despacio junto a mí.

Corrí hacia él, y grité al conductor, que frenó en seguida.

—Soy el doctor Smith —le dije—. ¿Quiere llevarme hasta la carretera?

—Desde luego, doctor. Suba —invitó el hombre, complacido.

Arrancó. Por el camino se interesó por el estado de Jim Handrup, y le dije que estaba fuera de peligro.

Media hora después, circulábamos por una carretera de segundo orden, en dirección a la ciudad. Vi una solitaria parada de autobús, y pedí al conductor que se detuviese.

Cuando el camión se alejó, respiré hondo. Por el momento todo había salido bien.

Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta, y encontré un paquete de cigarrillos, cerillas y un monedero conteniendo doce

dólares en billetes y algunas monedas sueltas. También vi una tarjeta de identidad, a nombre de Humbert McGray.

—Lo siento, Humbert. Te devolveré tus ropas, en cuanto me sea posible —murmuré.

¿Qué hacía yo allí? La pregunta sólo tenía una respuesta: esperar el autobús.

Transcurrió media hora antes de que un vehículo se detuviera ante mí, con un quejumbroso chirrido de frenos.

Subí, puse un dólar en la bandeja del conductor-cobrador, y pasé atrás.

No tenía idea de lo que debía hacer. Después de la experiencia de la noche anterior, cuando sentí zumbar una bala muy próxima a mi cabeza, dudaba de la conveniencia de aceptar la hospitalidad que Jenny Parrish me había ofrecido, puesto que yo era consciente de que mi presencia en su apartamento podría comprometerla seriamente.

El autobús rodaba ya a través del centro de la ciudad. Yo contemplaba con ansiedad los edificios, los monumentos, los parques... Pero nada de lo que veía provocaba el menor recuerdo en mi memoria.

Me apeé, al azar, en una de las paradas. Mi cuerpo estaba empapado en sudor, pero en cuanto eché a andar, me sentí mejor.

A pesar de todo, sentía un hambre atroz. Y así, cuando pasé frente a un restaurante, sin poderme reprimir, llegué hasta la barra y pedí algo de comer.

Cuando salí, me sentía más confortado, pero mi desorientación era total.

Deambulé durante un rato, de aquí para allá, procurando confundirme entre la muchedumbre.

Finalmente detuve un taxi y le di la dirección:

—Avenida Lincoln, 2809.

CAPÍTULO VI

Era un bonito apartamento de dos piezas, con baño y cocina diminutos. Todo estaba allí muy limpio y ordenado: libros científicos, relacionados con la Psiquiatría, revistas, algunas novelas.

«Sería muy agradable vivir en un sitio como éste», pensé.

Entré en el baño, me duché, afeité y peiné. Luego, tomé un cuaderno de notas y un bolígrafo, y comencé a escribir fluidamente:

«Querida Jenny:

»He decidido marcharme. No quiero ponerte en un compromiso. He tomado prestados cincuenta dólares que encontré en tu tocador. Voy a buscar un lugar donde vivir, y trataré de investigar mi verdadera personalidad. De todas formas, no sé si conseguiré averiguar algo...

»Más adelante intentaré ponerme en contacto contigo, sin perjudicarte.

»De todas formas, jamás te olvidaré.

»Afectuosamente,

»Joe Richards».

Observé, curioso, mi propia letra. No era muy clara, pero sí correcta.

¿Quién era yo? ¿Un médico?

Mientras viajaba en el autobús, había estado considerando aquella posibilidad. ¿Cómo, si no, podía explicarme mi actuación en la cantera, la facilidad con que reanimé a Jim Handrup, los consejos médicos que brotaron fluidamente de mis labios...?

Dirigí una triste y melancólica mirada alrededor, y salí del apartamento, tras asegurarme de que nadie me observaba.

Un momento después, estaba en la calle.

Cerca de allí, tomé un autobús que me llevó a las afueras. Para entonces había logrado averiguar que me encontraba en Pueblo, Colorado. Lo ponía en todas partes: en los autobuses, taxis, edificios oficiales...

Me resultaba difícil creer que yo había pasado toda mi vida en Pueblo. Había algo que no cuadraba, algo indefinible, que me decía que aquél no era mi ambiente.

El autobús me dejó en un suburbio, al sur de la ciudad.

Eché a andar, sin rumbo, bajo la sombra de una hilera de árboles y, algún tiempo después, me detuve a descansar sobre un poste kilométrico.

Sin darme cuenta, me adormecí.

De repente, escuché el estrépito de unos frenos, y abrí los ojos.

De la camioneta «Ford» que acababa de frenar, a unos veinte metros de distancia, bajó una mujer de cabellos canosos, que vestía pantalones azules con peto.

—¡Eh, usted! —gritó la mujer.

—¿Yo? —respondí.

—¿Es que hay alguien más que usted y yo, en dos millas a la redonda? —exclamó, gesticulante—. ¡Vamos, acérquese!

Caminé hacia ella, muy confuso.

—Ya ve lo que ha ocurrido... ¡se ha pinchado una rueda! Claro que con este condenado calor...

Era un caso curioso, aquella mujer. Llevaba los cabellos muy cortos y alborotados, y sus movimientos eran bruscos, más bien hombrunos. Pero su rostro era fino, y sus facciones, marchitas, poseían una cierta belleza.

En la portezuela de la camioneta leí las palabras «GRAHAM FARM».

—La culpa es de ese haragán de Mendrix... Le tuve que despedir, hace un par de días, ¿sabe? El muy granuja me trajo a una chica a la granja. ¡Hasta ahí podríamos llegar!, ¿no le parece? Además de vago, borrachín y desconsiderado... ¡mujeriego! —profirió la extraña mujer.

Me miró de arriba abajo, con expresión crítica.

—Y usted... ¿qué hace ahí mano sobre mano? ¿Es que no sabe cambiar una rueda? —vociferó, sin tregua.

—Sí, señora —respondí—. Es decir, creo que sí.

—Entonces, ¿qué espera para echarme una mano? Vaya secando la rueda de detrás. Ya traeré las herramientas —indicó la enérgica mujer.

Aflojé las palomillas que sujetaban la rueda de repuesto, bajo la caja de la camioneta, y rodé el neumático hacia adelante.

Quité el tapacubos, aflojé las tuercas con la llave, y coloqué el gato bajo el eje delantero. Terminé de sacar las tuercas, extraje la rueda pinchada, y la cambié por la de repuesto. En pocos minutos, la tarea estaba terminada.

—Un buen trabajo, sí señor —aprobó la mujer, con un movimiento de su gallarda cabeza—. Estoy pensando... Usted tiene tipo de vagabundo. ¿Por qué no sienta la cabeza y se viene a trabajar conmigo? Soy Patty Graham. Tengo una granja de visones, a siete kilómetros de aquí. ¿Cómo se llama?

—Joe... Joe Richards —respondí, desconcertado.

—Vamos, ¿se decide? Le pagaré bien, si trabaja bien. Criar visones no es un trabajo que mate a nadie, se lo aseguro —insistió.

Lo pensé. El ofrecimiento de Patty Graham suponía un cobijo discreto, la mejor forma de pasar desapercibido, y un lugar dónde vivir.

—Acepto —dije.

Patty Graham estrechó efusivamente mi mano.

—¡Así se habla! Vamos, suba. No se arrepentirá...

Rodeé el coche, y me senté a su lado.

Algún tiempo después, llegaría al conocimiento de que aquella decisión me había salvado, muy probablemente, la vida.

Porque durante todo un mes, unas cincuenta personas estuvieron pateando la ciudad de Pueblo, con una sola consigna: asesinar me.

CAPÍTULO VII

A primeros de julio, me había recuperado por completo. El constante ejercicio al aire libre me había devuelto mi vigor, y mi rostro estaba curtido y bronceado.

Patty Graham había dicho la verdad: la cría de visones no era un trabajo que pudiera matar a un hombre. Había que bregar durante muchas horas, sí, pero la labor era distraída y poco fatigosa.

Había que alimentar constantemente a los visones, animalitos con un apetito atroz, y que sólo comen carne vitaminada. La carne venía ya preparada en latas de cinco kilos, pero había que mantener las jaulas bien limpias, seleccionar las parejas reproductoras o los animales que debían ser sacrificados, etcétera.

—Es un negocio muy rentable, si se atiende sin descanso —había dicho Patty—. Por desgracia, Herbert, mi esposo, prefirió irse al otro mundo, antes de seguir cuidando a estos animalitos. Hace cuatro años, se bebió una botella de *whisky* y murió. ¡Dios lo tenga en su memoria...!

Era evidente que Patty Graham no se había amilanado por la muerte de su esposo. Tenía instinto comercial, una mente despierta, y suficiente energía para sacar adelante la granja.

Patty me pagó doscientos dólares la primera semana, trescientos la segunda y cuatrocientos la cuarta. A partir de ahí, decidió que yo ganaba cumplidamente aquella cantidad, y estabilizó mi sueldo.

Lo primero que hice, en cuanto tuve la primera paga en mi poder, fue encargar a la señora Graham que me comprara algunas ropas en la ciudad. Después, hice un paquete con el traje y los documentos de Hubert McGray, que yo había robado en la cantera de Brooks, puse un billete de cincuenta dólares en un bolsillo y una sencilla nota que decía: «Discúlpeme. Gracias por todo». La señora Graham se llevó el paquete una mañana, y lo depositó en la estafeta de correos más cercana.

Patty me había explicado el funcionamiento de su negocio.

—Nosotros no tenemos que sacrificar a los animalitos. Dos veces por semana, los que se han seleccionado por su tamaño y el lustre de su piel, se enjaulan aparte, y se llevan a la factoría peletera. Cada mes, la compañía deposita en mi cuenta bancaria la cantidad correspondiente al total de ventas, y eso es todo. Como ve, Joe, el trabajo más sucio es para ellos.

Me había invitado a acompañarla a la factoría, pero yo había rehuido tal posibilidad, con la disculpa de que la granja no debía quedar sola.

Sin embargo, a primeros de julio, ella insistió:

—A mí me cansa conducir, Joe. Es muy fácil. Le indicaré la dirección, en el plano. Sólo tiene que entregar las jaulas, y esperar a que le den un recibo. Por otra parte, yo creo que necesita distraerse. ¡Lleva tantos días aquí, sin ver a nadie que no sea esta vieja gruñona, llamada Patty Graham! —Intentó bromear.

Acepté. Sabía que, un día u otro, debería volver a Pueblo.

—Tómese todo el día libre, Joe. Un hombre joven necesita divertirse. Usted es muy joven... ¿Cuántos años tiene?

—Treinta... Treinta y cinco —respondí, desconcertado. Pero ella achacó mi vacilación a la timidez de mi carácter.

—Llévese su mejor ropa en una bolsa. Puede cambiarse en la misma factoría: incluso yo lo he hecho algunas veces. Y sobre todo, diviértase.

—Gracias —le dije. E hice todo cuanto ella me había recomendado.

Tomé la camioneta, ya cargada, y abandoné la granja. Que yo sabía conducir perfectamente, lo había comprobado hacía ya varias semanas.

Todo fue fácil: encontré la factoría peletera, entregué la carga, y me cambié de ropa en los vestuarios de la empresa.

Pero yo no pensaba invertir mi tiempo en diversiones. Debía indagar datos acerca de mí mismo.

«Lo más rápido sería recurrir a la policía», pensé. Pero deseché inmediatamente aquella idea: lo más probable es que la Clínica Warner hubiera denunciado mi fuga, en Comisaría. Y en tal caso...

Como la granja tenía teléfono, yo había consultado numerosas veces la guía. En Pueblo existían unos doce Joseph Richards. Les fui

llamando, uno por uno, indagando con cautela, pero acabé comprobando que ninguna de aquellas personas tenía la menor relación conmigo.

Le había dado muchas vueltas a todas las posibilidades. Por ejemplo, si yo era médico o un profesional relacionado con la Medicina, en el anuario del Estado de Colorado debía estar mi nombre, mi fotografía y otros datos.

Aquella mañana se desvanecieron mis esperanzas: en Pueblo no existía ningún médico que se pareciera ni remotamente a mí. Sólo me restaba una posibilidad: visitar la hemeroteca.

Durante tres horas estuvo repasando, en microdiapositivas, todos los periódicos y revistas del estado de Colorado, desde dos años atrás hasta la fecha. Con resultado negativo.

Esperaba encontrar algún dato relacionado con mi fuga, en las crónicas de sucesos de semanas atrás, pero tampoco obtuve nada positivo.

Decepcionado, me disponía a volver a la granja, cuando se me ocurrió que podía ponerme en contacto con Jenny Parrish. ¿No había quedado ella en que procuraría averiguar cuanto pudiera sobre mí, en la Clínica Warner?

Recogí la camioneta en una calle próxima a la factoría peletera, y llamé a Jenny, desde un bar del barrio sur.

—¿Doctora Jenny Parrish?

—Sí, soy yo... Pero... ¡Joe, eres tú! ¡Nunca podré olvidar esa voz! —Oí que exclamaba.

Me sentí emocionado. Jenny, con la que sólo había hablado en una ocasión, recordaba perfectamente mi voz, al cabo de casi dos meses.

—Tengo... ¡Tengo tantas cosas que decirte, Joe! Pero no quiero hablar por teléfono... —se interrumpió, de repente—. ¿Dónde estás?

Se lo dije. Y ella prometió que en menos de media hora estaría conmigo.

La esperé, impaciente, porque había estado tantas veces a punto de correr locamente a su casa... Sólo la seguridad de que podía comprometerla gravemente, me había detenido, cuando la ansiedad me empujaba a reunirme con ella.

No habrían transcurrido veinticinco minutos, cuando un

pequeño automóvil europeo descapotable, frenó bajo los eucaliptos que daban sombra al bar-restaurant.

Jenny bajó del coche y se dirigió rápidamente al bar. ¡Era preciosa...! Vestía un pantalón blanco, muy ceñido, y un jersey celeste, y sus cabellos oscuros brillaban al sol, esplendorosos.

Me puse en pie, y fui a su encuentro. Como yo llevaba gafas de sol, ella se detuvo, confusa, cuando yo le tendí las manos.

—Oh, Joe, ¡qué tonta soy! ¿Creerías que no le reconocía? Pero... ¡estás tan moreno, tan... fuerte! —exclamó.

Oprimí sus manos afectuosamente, y la llevé a la mesa que ocupaba junto al ventanal de grises cristales anodizados.

La contemplé en silencio, admirado. ¡Era tan guapa...! Claro que en la Clínica Warner, yo apenas había tenido tiempo para contemplarla a mi sabor.

Pedí una bebida fría para ella, y le conté, en pocas palabras, mi casual encuentro con la señora Graham, mi trabajo y el motivo de que finalmente me hubiera decidido a investigar por mi cuenta.

Jenny me miró con reproche.

—Debiste ponerte en contacto conmigo en seguida, Joe. ¡Estuve tan preocupada por ti...! No voy a ocultártelo: he sufrido por tu causa. Aunque, pensándolo bien, quizá haya sido mejor que te mantuvieras alejado de mí.

—¿Por qué? —quise saber.

—Aquella noche, me encontraron poco después, desvanecida. En cuanto volví en mí, me vi sometida a un verdadero tercer grado, por el doctor Hammond y dos de sus ayudantes. Sospechaban de mí, estaba claro, imaginaban que yo te había ayudado a huir. Sólo mi fuerza de voluntad y mi continua insistencia me permitieron salir adelante. «Por qué hacer un drama de la fuga de un internado», les pregunté, simulando asombro. «La policía le encontrará, antes o después». Mis razones parecieron convencerles, pero estoy segura, hoy, de que no dieron cuenta a la policía.

—Parecías asustada, cuando te llamé por teléfono. ¿Por qué...?

—Joe, han estado siguiéndome constantemente hasta hace un par de semanas. Y no me extrañaría que hubieran intervenido ilegalmente mi teléfono. De una u otra forma, Hammond seguía sospechando que yo tuviera algo que ver con tu fuga. Por fin parece que las aguas vuelvan a su cauce.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Quizá se han convencido de que nada conseguirán, a través de mí. Los primeros días, todo el mundo andaba de cabeza en la Clínica. Finalmente, Hammond ha sido destituido, y también dos doctores auxiliares y el enfermero Lodburg. En cuanto a mí, no han vuelto a molestarme —respondió ella.

—¿Averiguaste algo respecto a... mí?

—Durante las primeras semanas no me atreví a realizar el menor movimiento. Pero cuando advertí que la tensión disminuía, aproveché una noche que estaba de guardia para hurtar la llave de las oficinas de dirección. Pude ver tu ficha y tu fotografía...

—¿Sólo eso? —exclamé, decepcionado.

—Ten paciencia, Joe. Tu ficha clínica decía que eras un maníaco-depresivo, de reacciones peligrosas. No había otros datos personales, excepto la palabra «Hartford» y un número, que parece de teléfono, el

987-33-12.

Me desplazé a Denver para hacer una discreta averiguación, en las oficinas de la compañía telefónica. Era un número de teléfono en Hartford, Connecticut, y pertenece a una gran empresa de importancia nacional: La Harrison Laboratories, fabricantes de productos farmacéuticos.

Miré a Jenny, con los ojos brillantes de animación.

—Has trabajado muy bien, pequeña. Tenemos ya un dato preciso, que puede ser importante —exclamé, muy agitado.

Ella bebió un sorbo de su vaso.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó luego, con gran ansiedad.

—Tengo que devolverte cincuenta dólares —dije, alegre—. Y después, trasladarme al estado de Connecticut.

Jenny palideció.

—¿Sin documentos, sin dinero, desafiando al peligro? —exclamó, temblorosa.

La miré fijamente, con ternura.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Me siento continuamente obsesionado por el afán de reencontrar mi personalidad. ¿No lo entiendes, Jenny? —exclamé excitado.

Ella acarició una de mis manos.

—Lo comprendo, pero... temo perderte, Joe. ¿Para qué fingir? —exclamó con ardor—. Me he enamorado de ti.

—¡Jenny! —grité, lleno de asombro.

—Puedes decir lo que quieras, Joe. Que soy una tonta. O una desvergonzada. Pero me siento incapaz de disimular mis sentimientos.

—Pero ¡Jenny, Jenny! Yo también te quiero, ¿no lo comprendes? Tuve que forzarme mucho para no correr en tu busca... Cuando te he visto bajar de tu coche, me he sentido deslumbrado. Y entonces, lo comprendí súbitamente: te amo, Jenny —exclamé, con voz ardiente.

La tomé por los hombros, y la besé con profunda ansia. Cuando nos separamos, advertí que algunas personas nos estaban observando desde la barra, y me sentí furioso y molesto.

—Vámonos de aquí, Jenny. Quiero estar a solas contigo —dije.

Dejé diez dólares en la mesa, y salimos.

Dejamos allí la camioneta, y subimos al «Alfetta» de Jenny.

Pasamos el resto de la tarde juntos, hablamos y nos amamos fogosamente sobre la hierba.

Si en aquel momento alguien me hubiera dicho que yo estaba casado, le hubiera llamado loco.

Pero ésa era la verdad.

CAPÍTULO VIII

Jenny se presentó aquella mañana en la granja, cuando Patty y yo estábamos vacunando a los visones.

La señora Graham se quedó de una pieza, cuando vio que la linda doctora Parrish y yo nos besamos.

—Es mi novia, Jenny Parrish —le dije, para deshacer cualquier equívoco—. Y vamos a casarnos.

Mis palabras desarrugaron el ceño de Patty, que vino hacia nosotros, y estrechó con fuerza la mano de Jenny.

Luego se volvió, y me miró con soma.

—¿Así que te lo tenías callado, eh? Y yo que te llamé vagabundo... Bien, supongo que dejarás la granja, Joe...

—Sí, pero algún día vendremos a visitarla. Ha sido muy buena conmigo, Patty. La recordaremos con efecto —respondí, emocionado a pesar mío.

—Si querías darme una buena sorpresa, lo has conseguido. Siento que te vayas, Joe, pero tengo experiencia, y sé que estáis firmemente decididos. Iré a hacerte la cuenta —dijo. Y se alejó.

—He conseguido el cese, por vacaciones, en la clínica Warner, Joe. Podemos emprender el viaje, cuando tú decidas —me anunció Jenny.

Le miré, entre irritado y admirado.

—Eres tenaz, pequeña mía. Así que continuas empeñada en acompañarme...

Sonrió encantadoramente, y me besó con largueza.

—Serán mis primeras vacaciones con... compañía masculina incluida —bromeó.

Patty Graham volvió poco después. Aquella mujer, que parecía demostrar siempre un caudal inagotable de energía y firmeza, parecía ahora un tanto turbada.

Me tendió un sobre y dijo:

—He incluido un insignificante regalo de boda, Joe. Os deseo una feliz luna de miel, pero... ¡maldición!, parece que mi destino es ser abandonada por los hombres que más estimo.

Jenny la besó en las mejillas, y yo hice otro tanto. Yo recogí mis cosas, subí al coche de Jenny, y nos alejamos, muy emocionados.

Llegábamos ya a la carretera cuando giré la cabeza. Aquella gruñona, pero bondadosa mujer, llamada Patty Graham, seguía agitando todavía una mano, en señal de despedida.

Fue un delicioso y pesadísimo viaje, que duró quince días.

Yo había insistido en hacer el viaje en avión, pero Jenny se opuso.

—Las cosas han cambiado mucho, Joe —explicó—. Los continuos secuestros de aviones, el clima de violencia que asola el país, han conseguido que los controles en los aeropuertos sean muy estrictos. Nos expondríamos innecesariamente, puesto que tú careces de cualquier documento. Haremos el viaje por carretera, en mi coche.

—¡Pero tardaremos toda una eternidad! —exclamé.

Jenny compuso un mohín de disgusto.

—A mí no me importaría vivir esa eternidad, en tu compañía —dijo, con un ligero acento de reproche.

No tuve más remedio que acceder a sus deseos. Por lo demás, aunque incómodo, el largo viaje, de más de tres mil kilómetros, resultó muy agradable, y me permitió conocer mejor a la joven y guapa doctora Parrish.

Cuando, en cualquier instante, ella me veía serio y concentrado, me acariciaba y decía:

—Te amo, Joe. Para toda la vida.

Entonces yo me sentía embargado de amor y de seguridad, y mi ceño se desarrugaba.

Sin embargo, en mis sueños había constantes pesadillas. Me veía a mí mismo como un sádico asesino, juzgado ante un tribunal, compuesto por ancianos de rostros crueles y brutales, que me señalaban constantemente con un dedo inflexible:

—¡Asesino, asesino, asesino...!

Una noche, desperté bruscamente, bañado en sudor.

—¡Joe, Joe! —susurró Jenny a mi lado—. ¿Qué te ocurre?

—Soñé que... estaba estrangulándote —confesé con la garganta

seca.

Ella no demostró la menor impresión. Por el contrario, acarició dulcemente mis cabellos y me besó en la frente.

—Eso se debe a que estás obsesionado, Joe. Recuerdas lo de Tony Remington y... lo relacionas directamente con ese pasado que no conoces. No debes preocuparte... ¿quién no ha soñado que cometía acciones que jamás realizaría en la vida real? Convéncete tú, Joe, porque yo estoy segura de que no eres un asesino. ¿No lo comprendes? Tus pensamientos, tus acciones... son siempre nobles, desinteresados, bondadosos...

Jenny tenía una capacidad asombrosa para serenar mi ánimo. Sus convincentes razones y, sobre todo, el amor que me demostraba, ejercían un beneficioso influjo sobre mi equilibrio psíquico.

Una tarde, mientras viajábamos a través del estado de Missouri, le dije, de repente:

—Tú consultaste mi ficha clínica en la Warners. ¿No anotaron la fecha de mi ingreso allí?

Jenny vaciló:

—No quise decírtelo, para no aumentar tus preocupaciones, pero ahora no voy a ocultarlo: hace año y medio que ingresaste en la clínica —respondió.

¡Año y medio!

¿A cuántas torturas me habrían sometido, durante tan dilatado espacio de tiempo?

«Lo extraño es que no me haya vuelto rematadamente loco», pensé.

De todas formas, nadie podía asegurarme que mis facultades mentales no estuvieran alteradas.

Mi mente se entregaba continuamente a complicadas especulaciones. Si yo procedía de Hartford, en Connecticut, ¿por qué había ido a parar a un lugar tan distante como la ciudad de Pueblo, en Colorado?

Expuse mis pensamientos a Jenny. Y ella respondió:

—Sólo encuentro una respuesta razonable: tus... familiares, por los motivos que fuesen, decidieron deshacerse de ti. Para que nadie supiera que te habían internado en un sanatorio psiquiátrico, decidieron enviarte lejos.

A primeros de agosto, atravesamos el estado de Pennsylvania, y penetramos en Connecticut.

La temperatura era más fresca y agradable que en los tórridos estados del Oeste, y los últimos kilómetros se hicieron cortos y placenteros.

Eran las seis de la tarde, cuando avistamos aquel parador: el Wood Inn.

—Detengámonos —propuse—. Tengo ganas de estirar las piernas.

El «Alfetta» de Jenny era demasiado pequeño para un hombre como yo, y aunque habíamos retirado mi asiento todo lo posible, mis piernas debían estar siempre plegadas, con lo cual mis rodillas se resentían, a las pocas horas de viaje.

Tomamos un bocado en el mesón, y bebimos un par de cervezas. Entretanto, pedí la guía telefónica, y la consulté exhaustivamente. No encontré en ella ningún Joseph Richards. Había Allan, Benjamín, Phil, Michael, Wilson...

Poco después, me puse en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Jenny.

—Al lavabo —respondí con una leve sonrisa.

—No tardes mucho —recomendó—. Te espero.

Empujé la puerta de los servicios, y entré.

Mi rostro estaba grasiento de sudor, y mis dedos, manchados de nicotina, pues había fumado sin cesar, durante el viaje.

Abrí el grifo de un lavabo, y comencé a refrescar mi cara. Oí el vaivén de la puerta de los servicios, pero no le di la menor importancia.

Tenía el rostro lleno de jabón, cuando alguien se aproximó a mí. Oí una respiración jadeante, y luego, aquella voz:

—No se mueva. Le estoy encañonando con un revólver.

Quedé rígido, con las enjabonadas manos en el aire.

—¿Policía? —pregunté, nervioso.

Sólo obtuve un gruñido, por respuesta.

—Salga —ordenó la voz—. Vaya hacia el pasillo.

El jabón se había metido en mis ojos. Me escocían, estaba casi cegado...

Pero mi olfato podía percibir el hedor a sudor agrio del hombre que estaba a mi espalda.

No. No era un policía.

—Permita que limpie mi cara. Apenas puedo ver —rogué.

—Tanto mejor —gruñó el otro—. Yo le guiaré.

Me aferré por el cuello de la chaqueta y me empujó.

Reaccioné de una forma salvaje, impremeditada... porque aquel tipo me había tomado del cuello, sin consideración.

Giré bruscamente, y mi codo golpeó su rostro con gran violencia.

Oí un gruñido de dolor, un tintineo metálico, el rumor de una caída... Me abalancé hacia el lavabo, y arranqué una toalla de papel, con la que me limpié apresuradamente los ojos, el rostro...

Entonces oí unos pasos que se alejaban a toda velocidad. Luego, el vaivén de la puerta.

Parpadeé. En el suelo había un revólver. Me incliné, lo miré, desconcertado, y me lo guardé en un bolsillo de la chaqueta.

Registré los inodoros, el pasillo: no había nadie.

Entonces, me enjuagué bien rostro y manos, me sequé y salí. Una idea me inquietó: no había visto al individuo que acababa de asaltarme. Podía ser cualquiera de las personas que estaban en el Wood Inn, y yo... no podría reconocerle.

Jenny debió notar en mi expresión que algo había ocurrido, porque se puso en pie, y vino hacia mí en seguida.

—¡Joe...!

—Vámonos. Ya te contaré por el camino —dije.

Pagamos y salimos. Yo escrutaba, desconfiado, los rostros de los hombres con los que nos cruzábamos, pero todo era inútil.

Subimos al coche, y volvimos a la carretera. Jenny se angustió al escuchar mi relato, acerca del incidente, y mucho más cuando le mostré el revólver.

—Quizá fuera un ladrón, un atracador... —dijo.

—No. En tal caso, pudo registrarme y llevarse cuando había en mis bolsillos. Sin embargo, su intención era sacarme fuera del motel. Posiblemente para... asesinarme...

—¡Dios mío! —murmuró Jenny, aterrada.

Callamos. El pequeño automóvil rodaba, rauda, a cien kilómetros por hora, en dirección a Hartford, distante apenas veinte kilómetros.

—En el próximo cruce, a la izquierda —dije, de repente.

Jenny se volvió hacia mí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendida.

Pero yo me sentía tan asombrado como ella misma.

—No lo sé —respondí, vacilante.

Llegamos al cruce. En efecto, un cartel indicador señalaba que Hartford estaba a la izquierda.

—Debemos admitirlo, Joe. Tú conoces estos contornos —dijo Jenny, seria.

—Eso parece. Pero no puedo explicármelo —respondí.

El automóvil se desvió a la izquierda. La carretera se extendía en línea recta, escalando una serie de colinas de mediana elevación.

Bajábamos a gran velocidad. Súbitamente, un helicóptero brotó sobre la cima de la colina próxima, y se abatió sobre nosotros. Tan bajo, que pude ver fácilmente al hombre que, con medio cuerpo fuera de la cabina, empuñaba una metralleta.

—¡Cuidado, Jenny! —grité, despavorido—. ¡Van a ametrallarnos!

El zumbido del motor del helicóptero absorbía las detonaciones de la metralleta, pero yo pude ver claramente la serie de impactos que rebotaban sobre el eje de la carretera.

Jenny exhaló un grito de espanto, y giró bruscamente el volante a la derecha para evitar que los disparos nos alcanzaran.

Las ruedas de la derecha se alzaron vertiginosamente, y el pequeño automóvil bandeó a izquierda y derecha, desbocado.

Jenny frenó a fondo, pero el automóvil no le obedeció, y partió como una flecha hacia la cuneta, con un angustioso chirrido de neumáticos.

Rebotamos con violencia sobre la cuneta, volamos por el aire y... aterrizamos sobre una ladera, salpicada de arbustos.

—¡Salta! —grité.

El coche corría cuesta abajo, a pequeña velocidad, frenada su marcha por los matorrales, que se oponían a su paso.

Tras una cierta vacilación, Jenny abrió la portezuela y saltó fuera. Yo hice lo mismo, un segundo después.

Rodé brutalmente sobre el áspero terreno hasta que un arbusto detuvo mi marcha. A cinco metros de distancia, Jenny gemía, en el suelo.

—¿Estás bien? —grité.

—Estoy... molida, pero entera —respondió ella.

Entretanto, el «Alfetta» se había detenido en el cauce seco de un regato.

Presté atención. El helicóptero no estaba a la vista, pero el zumbido de sus palas iba en aumento.

A poca distancia de allí, bajo el badén, vi el único ojo de un puente alcantarilla.

Corrí cuesta arriba, tomé a Jenny de un brazo, y la arrastré hacia allí.

Penetramos en el ancho tubo de hormigón, y nos dejamos caer.

El helicóptero brotó súbitamente a nuestra vista. Volaba muy bajo, y se aproximó, como una centella, al barranco.

Una metrallata crepitó, fuerte. Se oyó el fragor de las balas, perforando las planchas del automóvil. Numerosos surtidores de piedrecitas y arena marcaron una larga línea sobre el terreno.

Una explosión nos obligó a aplastar nuestras narices sobre el cemento. ¿Arrojaban granadas...?

El rumor del helicóptero se alejó. Elevé la cabeza, comprobé que el coche de Jenny estaba ardiendo. Una gran llamarada consumía su capota de plástico.

Alrededor, crepitaban los arbustos, que ardían vivamente.

—No eran granadas —murmuré—. El depósito de la gasolina ha estallado.

Jenny se irguió, y contempló con tristeza los restos de su bonito coche deportivo.

—¡De buena nos hemos librado! —comenté, de forma tonta. Pero la expresión de Jenny era sombría.

—Joe, esto es horrible. Quienquiera que sea, está sobre aviso. Dos atentados en menos de una hora son demasiados. Lo más probable es que todos los accesos a Hartford estén vigilados —dijo.

Tragué saliva. ¿Por qué todo aquello, por qué...?

Pasaron unos minutos. El helicóptero no volvió.

Al cabo, abandonamos nuestro improvisado búnker, y subimos a la carretera, pero sin apartarnos mucho de allí, por si volvíamos a necesitar urgentemente el refugio de la alcantarilla.

—¿Qué vamos a hacer? —sollozó Jenny, acongojada—. El dinero, mis documentos... Todo estaba en el coche. Y ahora...

La oprimí contra mi pecho, besé sus cabellos, sucios de polvo y

de hojas secas, porque sentía una inmensa ternura hacia ella.

—Tranquilízate. Saldremos adelante —susurré a su oído—. Pediremos al primer tipo que pase que nos lleve hasta Hartford.

Transcurrieron unos minutos.

—¡Viene uno! ¡Allí! —gritó Jenny.

Un brillante automóvil negro acababa de remontar el más próximo cambio de rasante, y descendía la pendiente.

Me puse decididamente en mitad de la carretera, agitando los brazos como un loco.

El coche se detuvo en el badén, con un chirrido irritante de frenos.

Jenny palideció: era un coche fúnebre.

Los dos hombres que estaban en la cabina nos contemplaban como si fuéramos seres de otro mundo.

Yo señalé los restos del «Alfetta», todavía humeantes, y comprendieron.

—Han tenido un accidente, ¿eh? —exclamó el conductor—. Lo siento de veras, amigo, pero no podemos llevarles. No hay sitio.

—¡Espere! —grité—. No puede dejarnos aquí. Estamos heridos... ¿no lo ve? —Mostré la sangre que corría por el dorso de mi mano, como consecuencia de un rasguño, sin importancia, en el codo.

—Como no quieran subir atrás... —señalaba el receptáculo que sirve para transportar los ataúdes.

—Como sea —decidí—. Lo importante es que puedan atendernos cuanto antes.

Corrí hacia atrás, y abrí el portón.

—Sube —dije a Jenny.

Pero ella vaciló, fuertemente impresionada. Entonces incliné el tronco, y me deslicé sobre la superficie tapizada en terciopelo negro.

Jenny subió, temblorosos los labios.

El conductor arrancó, en cuanto yo tiré desde dentro del portón. Pocos minutos después, llegábamos a Hartford.

—Tiéndete —recomendé a Jenny—. No podrán vernos, de esta forma. O, al menos, imaginarán que somos dos cadáveres.

Jenny temblaba, junto a mí. Rígidos, y con los ojos cerrados, penetramos en la ciudad de Hartford.

—Es curioso —susurré al oído de Jenny—. Parece que estamos

predestinados a ocupar un lugar entre los muertos... Primero, en la «nevera» de la Clínica Warner, ahora, en este coche funerario...

Jenny abrió los ojos, y me dirigió una débil sonrisa.

CAPÍTULO IX

La señora Harrison hizo avanzar su silla de ruedas hacia la cristallera. Al otro lado, se divisaba un bello macizo de plantas y flores exóticas.

—Estoy preocupada, Dave —dijo, con un leve temblor en su voz—. Tú dirás, como siempre, que son manías propias de una vieja que chochea. Pero debes creerme, hijo: algo me dice que Larry está en peligro.

—Tonterías, mamá —respondió el joven que la observaba desde el otro extremo del lujoso salón—. Mi hermano te llamó la semana anterior, ¿no es cierto?

La señora Harrison se volvió hacia Dave, con un brusco tirón de la rueda izquierda.

Dave estaba sirviéndose un segundo *whisky*.

—Bebes demasiado, hijo —le reconvino la anciana, con voz afectuosa—. ¡Sí, sí, lo sé! Me lo has repetido muchas veces: desde hace más de un año, tú has tenido que cargar con la dirección de nuestros negocios. Comprendo que te sientas nervioso, agotado. Pero Larry...

—¡Siempre Larry! —barbotó Dave, iracundo—. ¿Es que yo no significa nada para ti?

—Claro que sí, Dave —respondió la anciana, tratando de apaciguarlo—. Tienes los nervios destrozados, hijo. Quizá la responsabilidad que has echado sobre tus hombros sea excesiva...

—¿Por qué tienes que decir eso? He demostrado que los negocios marchan mejor bajo mi dirección que con mi hermano mayor, ¿no? ¡Beneficios, beneficios, cuantiosos beneficios...!

—El dinero no lo es todo, hijo —observó la señora Harrison—. Larry recibió el negocio de tu padre. Y lo hizo prosperar mucho. Pero Larry es un hombre sosegado, seguro de sí mismo, que no se altera fácilmente. En cambio, tú...

Dave se agitó, inquieto.

—¡Siempre las mismas odiosas comparaciones...! —exclamó, tragándose la cólera que le desgarraba—. Desde la infancia, Larry era siempre el mejor, el más fuerte, el más guapo, el más...

La señora Harrison miró a su hijo con pena.

—No seas injusto, Dave. Ni tu padre ni yo tuvimos preferencias nunca. Reflexiona, hijo: eres tú quien siempre trató de compararse con Larry —pronunció, fatigada.

Dave apuró el contenido del vaso, de un largo trago, y volvió a servirse un chorro de licor.

Su madre movió la cabeza, apenada.

—Tal vez tengas razón, mamá. Pero Larry decidió largarse a Europa, tras las faldas de una mujerzuela. Y yo me he quedado aquí, trabajando, luchando un día y otro —barboto Dave, con voz tremante.

La señora Harrison volvió sus ojos al exuberante jardín.

—Es todo tan extraño... —murmuró, como si hablase consigo misma—. La ausencia de Larry fue un duro golpe para mí, tú lo sabes. Sufrí un ataque cardíaco, cuando supe que se había marchado, estuve a un paso de la muerte...

Dave se acercó a ella, con el vaso en la mano.

—Pero yo te cuidé con toda dedicación, ¿no es cierto? Permanecí junto a ti día y noche, te produgué palabras de consuelo y de ánimo, me desviví por ti hasta que estuviste fuera de peligro. Por desgracia, no pudimos evitar esa parálisis que sufres. Pero tú sabes que, si dependiera de dinero, hoy podrías moverte por ti misma —protestó fogosamente el hombre.

La anciana corroboraba sus palabras con leves movimientos de cabeza.

—Sí. Todo lo que dices es cierto. Sólo que...

—¿Sólo que...?

—Había en tu solícita actitud como un ardiente deseo de desquite, como si quisieras demostrarme que Larry es un malvado, que sólo tú eras honrado y leal... Eso me preocupó, lo confieso. Larry siempre te defendió y te protegió... a pesar de tus peligrosas aventuras juveniles. Pero tú nunca le perdonaste a él...

—¿Qué quieres que hiciera, mamá? —protestó Dave, asiendo con fuerza el respaldo de la silla de ruedas—. ¿Que saltara de gozo?

Larry nos abandonó, sin previo aviso, para correr en pos de una sucia aventurera. Te abandonó a ti, a su esposa, Joan, a mí, los negocios...

La señora Harrison se frotó los amarillentos y arrugados párpados.

—¡Joan! —susurró—. Creo que ella jamás comprendió a Larry. Siempre me pareció excesivamente... fría y... egoísta. Una mujer muy bella, sí, de ademanes elegantes, señoriales, pero de una ambición sin límites.

—¡Mamá!

—¡Déjame hablar, Dave! Acepté a Joan porque tu hermano estaba enamorado de ella. ¿Me has oído alguna vez, excepto ahora, hacer el menor comentario adverso sobre ella? No, claro que no. Yo callaba, porque respetaba los sentimientos de Larry. Pero ahora debo decir que ella nunca me gustó. Por otra parte...

—¿Qué...?

—Hubo un tiempo, cuando Joan comenzó a venir por esta casa, que llegué a sentirme desorientada.

—¿Desorientada? ¿Por qué? —preguntó Dave.

—He decidido hablarle claramente, y lo haré —la anciana se aclaró la garganta, con un ligero carraspeo—. Me sentía confundida, sí... La actitud de Joan era ambigua. Hubo momentos en que no hubiera sabido discernir si ella se inclinaba hacia Larry o... hacia ti.

—¡Mamá, estás loca!

Dave se separó de su madre, y volvió al bar. Tomó la botella, y volvió a llenar su vaso, en el que va apenas quedaba hielo.

—No, Dave, no estoy loca. Cuando murió papá, todo mi interés se volcó en vosotros dos. Una madre posee una sensibilidad especial para estas cosas. Adiviné que tú te sentías deslumbrado por la belleza innegable de Joan. Y ella, por su parte, coqueteaba descaradamente con vosotros dos.

Dave dirigió una rápida mirada a su madre.

—Bueno... A mí me gustaba Joan, no tengo por qué negarlo, mamá. Pero ella era la novia de mi hermano. Con él se casó, ¿no? —exclamó, con voz más apaciguada.

La señora Harrison asintió con lentitud:

—Sí, se casaron. Fue una desgracia, un tremendo error. Larry no podía ser feliz con una mujer como Joan. Poco antes de marcharse a

Europa, él se sentía muy inquieto. Se sinceró conmigo. Y me habló de muchas cosas...

—¿De qué cosas? —preguntó Dave, ávido.

—Dijo que Joan le había desilusionado profundamente. «Sospecho que me está siendo infiel, aunque no sé con quién. Ni me importa», me confió. Puedes imaginarte mi pesadumbre, al escuchar su confidencia, Pero, cosa extraña, Larry no demostraba dolor... Yo diría que se sentía perplejo. Aseguró que iba a vigilar a Joan, pero no movido por celos, sino...

—¿Por qué, entonces?

—Por alguna otra razón, que no quiso decirme. «Hablaré claramente, cuando posea pruebas concretas», me prometió. Pero yo nunca supe a qué se refería. Cuando él me habló, por vez primera desde Europa, traté de sonsacarle, pero Larry rehuyó referirse a aquel asunto.

La señora Harrison calló, fatigada.

Pero luego, la idea que martilleaba su cerebro volvió a atormentarla.

—¡Dave, Dave! No puedo explicarlo razonablemente, pero mi instinto me dice que Larry corre un grave peligro de... muerte —gimió.

Dave se aproximó a ella.

—Pero, mamá, ¡sé sensata! Larry vive entregado al placer, en Europa. Mujeres, cruceros por el Mediterráneo, lujosos hoteles..., todo eso. Tú sabes que se llevó cien mil dólares... Cada mes recibe un giro bancario, por otros veinte mil... ¿No comprendes que tus sombríos augurios carecen de base? —exclamó.

La señora Harrison movió la cabeza, indecisa.

—¡No sé, no sé! —murmuró—. Larry se muestra muy extraño, en sus conferencias telefónicas. Habla de temas insustanciales, se manifiesta de modo impersonal, ni siquiera se muestra cariñoso conmigo... ¡Y él ha sido siempre tan afectuoso y entregado!

Suspiró profundamente, movió la silla para mirar a Dave y dijo:

—Su voz parece la suya, pero en ocasiones he llegado a sospechar que es otra persona la que me habla, desde la otra orilla del Atlántico...

Dave Harrison apuró el *whisky* de su vaso, irritado.

—¡Todo eso es absurdo! —gritó—. Reflexiona, mamá: ¿quién

podría tener interés en imitar la voz de Larry, en hacerse pasar por él?

Elizabeth Harrison cerró los ojos. Dave creyó que su madre se había dormido, pero al cabo, la oyó murmurar:

—Es la misma pregunta que me vengo haciendo continuamente, desde hace varios meses.

CAPÍTULO X

El súbito chirrido del portón me despertó.

—Hemos llegado —anunció el empleado de la funeraria—. Les hemos traído hasta un puesto de socorro. Ahí les atenderán.

Jenny murmuró algo entre dientes, y se frotó los ojos... ¡Nos habíamos dormido, en el interior del coche fúnebre!

Descendimos. Jenny se apoyó en mi brazo, torpemente.

—Gracias, gracias —dije al conductor. Y comenzamos a subir los peldaños de la escalera que llevaba al puesto de socorro.

En cuanto el coche se alejó, volvimos sobre nuestros pasos y nos alejamos a toda prisa.

—¿Qué podemos hacer? —Gruñí, observando nuestras ropas, sucias y desgarradas—. La policía nos detendrá, con este aspecto...

Jenny me tomó por un brazo.

—Escucha, Joe. Hemos podido observar que tú recuerdas los accidentes geográficos, las carreteras, las calles... Déjate guiar por tu instinto, permite que tus piernas te lleven hacia donde sea. Es posible que encontremos un refugio —me aconsejó.

—Está bien, tú conoces mejor que yo la mente humana. Vamos a intentarlo —respondí.

Dirigí una ojeada a la calle. Y eché a andar adelante, con decisión. Por fortuna, se había hecho de noche, y tal circunstancia nos protegía.

Caminamos durante largo rato, a través de calles secundarias, poco concurridas. A veces, me detenía en un cruce, dejaba mi mente en blanco y, de pronto, mis piernas reemprendían la marcha por sí solas.

El reloj de Jenny marcaba las nueve de la noche cuando nos detuvimos en aquella recoleta placita ajardinada. Al fondo, se erguía la estilizada torre de un templo.

Cruzamos la plaza, deambulando a través de los setos, y

llegamos junto a la fachada de la iglesia.

Cansado, me dejé caer sobre un banco, y recosté mi espalda. Cerca de mí, Jenny leía la placa de mármol, empotrada en el muro.

—Iglesia católica de Saint Lawrence, año mil ochocientos...

Por encima del seto, vi destellar la luz ámbar de un auto-patrulla. Uno de los agentes descendió del coche, y se alejó.

La radio del automóvil policíaco estaba funcionando. Una voz femenina vibraba, gangosa, en el altavoz:

—... Visto en los alrededores de la plaza Saint Lawrence. Rubio, raza blanca, estatura aproximada: un metro noventa centímetros; atlético; traje *beige* claro... Le acompaña una mujer joven, mediana estatura, cabellos castaño-oscuros, largos; pantalones azules, jersey mismo color...

Abrí los ojos bruscamente... ¡aquellas descripciones coincidían exactamente con Jenny y conmigo!

Me puse en pie, despacio, y protegido por el alto seto, tomé a Jenny por una mano y la arrastré conmigo.

—Estamos en peligro —susurré—. Un coche-patrulla. No digas nada. Ven conmigo.

La puerta del templo estaba próxima. A paso vivo, subimos los blancos escalones, y penetramos en la iglesia.

Mis pulmones se ensancharon con el típico aroma de los templos: incienso, flores marchitas, humo de cera...

El altar estaba profusamente iluminado. En el púlpito, un sacerdote católico, joven y corpulento, dirigía la palabra a los fieles.

Nos desviamos hacia la izquierda, avanzamos por el pasillo, y hallamos un hueco en un banco.

Nos sentamos, y aguardamos, con la respiración contenida.

—No se atreverán a penetrar en el templo —pensé, seguro de mí mismo.

El centenar de fieles que asistían al acto religioso, escuchaban las palabras del sacerdote, con devoción.

Con un siseo leve, apenas audible, informó a Jenny acerca de lo que había oído, desde el banco de la plaza Saint Lawrence.

—¿La policía? —Jenny había palidecido—. ¿Qué tiene que ver la policía con...?

—¿Cómo puedo saberlo? —respondí.

Me volví, de un respingo, cuando alguien tocó mi espalda. Una

anciana señora, enlutada, nos imponía silencio, con un gesto muy expresivo.

Enmudecimos. Pero yo no podía dejar de pensar en los policías que permanecían en el exterior, buscándonos a Jenny y a mí.

Me sentí mortalmente cansado. Averiguar mi identidad y mi pasado estaba resultando una tarea excesivamente laboriosa, fatigosa y... peligrosa.

Jenny puso una temblorosa mano sobre las mías, y me dirigió una mirada de aliento. Parecía decir:

—¡No te rindas, sigue adelante!

De todas formas, no podía impedir mirar atrás, de vez en cuando, para vigilar la puerta.

Veinte minutos después, el sacerdote despidió a los fieles, desde el altar: la ceremonia religiosa había terminado.

Los asistentes —hombres y mujeres— comenzaron a desfilar, sin prisas. Pronto el templo quedaría vacío, y nosotros...

Mis ojos buscaban desesperadamente un lugar donde guarecernos. A unos veinte metros había un confesionario. Pero el oscuro mueble estaba demasiado distante para que pudiésemos llegar a él, sin que alguien advirtiese nuestra maniobra.

Entretanto, el sacerdote había cambiado sus vestiduras sagradas por un sencillo traje *clergyman*, y permanecía de pie, en el pasillo central.

Finalmente, sólo quedamos en el interior del templo Jenny, el sacerdote y yo.

Nos pusimos en pie, resignados a afrontar el peligro. Pero el cura vino rápidamente hacia nosotros, y nos cortó el paso.

—Pero... ¡si eres tú, en verdad, Larry! ¡No me había equivocado! —exclamó, alegremente.

Vacilé.

—¿Se refiere a mí? —respondí, desconcertado.

—¡Pues claro que sí! ¿No eres tú el gran Larry Harrison? —Aquel hombre tan alto y corpulento como yo, oprimía con fuerza mis hombros—. ¿Qué te ocurre, Larry? —preguntó, advirtiéndome mi profundo desconcierto—. Desde luego, hace algo más de un año que no nos veíamos, pero dudo mucho que, en tan corto plazo, te hayas olvidado de tu viejo amigo Frank DeBianco...

—No, claro que no, Frank —farfullé apresuradamente—.

Escucha, Frank, necesito hablar contigo. Es urgente.

El padre DeBianco me golpeó la espalda con confianzuda brusquedad.

—No sería tan urgente, cuando os marchabais ya, sin saludarme —bromeó—. Pero venid, charlaremos un rato en la sacristía.

Hice una seña expresiva a Jenny, y caminamos aprisa, en pos del robusto Frank DeBianco.

CAPÍTULO XI

La bella mujer rubia apartó bruscamente las manos del hombre.

—Vete, Dave. Cumple con tu deber —pronunció con voz helada.

—Pero...

—Tú sabes muy bien lo que debes hacer —puntualizó Joan Harrison, sin permitirle hablar.

Dave retrocedió, como si le hubiesen golpeado en pleno rostro.

—¡No sabes lo que dices! ¡Estás... estás loca! —gimió, ocultando el rostro entre las crispadas manos.

Joan le dio la espalda, se sentó cuidadosamente en un diván, y cruzó las largas y bronceadas piernas. La cara bata de seda que cubría su cuerpo resbaló, y mostró un muslo perfecto.

La mujer entornó sus claros ojos azules, al comprobar que Harrison estaba llenando un vaso de *whisky*, con manos torpes y temblorosas.

—Eres un cobarde, Dave —pronunció ella con voz grave, carente de emoción.

—¿Un cobarde? —Al volverse violentamente, el vaso que tenía en la mano derramó parte de su contenido.

—Un cobarde —repitió ella, recreándose en la pronunciación de la contundente palabra—. Larry era más hombre que tú. Era un hombre. Tú... sólo eres un títere. Te envalentonas, te deprimes, te asustas... Definitivamente, no eres la persona que yo había imaginado.

Dave inclinó la cabeza, humillado. Pero, de repente, se irguió en un brusco cambio de actitud.

Bebió medio vaso de *whisky*, y se aproximó a Joan.

—Con que soy un cobarde —rezongó, furioso—. ¿Por qué no lo haces tú? Repartimos los beneficios al cincuenta por ciento, ¿no es verdad?

Joan pegó los carnosos y húmedos labios, en un mohín irónico.

—No es cierto. Pagamos espléndidamente a Rod Campbell, y gastamos centenares de miles de dólares en callar las bocas de una docena empleados... Pero no se trata de eso, querido Dave. Recuerda: fui yo quien tuvo la idea de ampliar las actividades de los Laboratorios Harrison, incluso a espaldas de tu hermano. Yo doy las órdenes, yo pienso, yo dirijo. Eres, pues, tú quien debe actuar —explicó serenamente.

Dave dejó el vaso sobre la mesa. Por un momento, pareció ir a argumentar algo, pero al fin se encogió de hombros, derrotado.

—¡No puedo! No puedo hacerlo —gimió, retorciéndose las manos—. Sería una... monstruosidad.

Joan Harrison se puso en pie. Era alta, exuberante, maravillosamente proporcionada, de una presencia física arrogante e imperiosa.

—Fuiste tú quien empezó a ponerse nervioso, Dave —pronunció—. Viniste a decirme que tu madre sospechaba algo, que pensaba que alguien imitaba la voz de Larry... Tal vez tengas razón. La vieja no es tonta, ni mucho menos. Posee iniciativa. Y puede arruinar nuestro negocio. —Joan pasó una mano por encima del hombro de Dave, acarició su cuello, le obligó a mirarle, y dijo con voz susurrante, acariciadora—: Tienes que matarla.

Él se separó, de un nervioso respingo.

—¡No! —gritó.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? ¡Es mi madre! —exclamó, aterrado—. Si me obligas, te denunciaré a la policía. ¡Lo diré todo, todo!

Joan dejó escapar una carcajada.

—Tú serás quien lo pague. Por mi parte, tengo tomadas todas las precauciones.

Harrison se volvió rápidamente.

—¿Qué precauciones son esas? —preguntó, inquieto.

—¿Recuerdas el viaje que hice a Europa, hace cuatro meses? Oficialmente, me disponía a visitar nuestras sucursales europeas, pero, de paso, llevé a cabo una operación más interesante para mí: deposité cinco millones de dólares en mi cuenta numerada de un banco suizo. Tú sabes que, en Hartford, tengo amigos influyentes, incluso en la policía... Si ocurriera lo peor, yo estaría sobre aviso, y levantaría el vuelo inmediatamente. En Europa, y con cinco

millones de dólares, nada tendría que temer...

Dave palideció.

—¿Quieres decir que... vas a abandonarme? —exclamó, crispadas las facciones.

Joan cambió inmediatamente de expresión, e incluso de tono de voz.

—¡Pues claro que no, tonto! —susurró. Y se aproximó a él, insinuante—. No podría vivir lejos de ti, Dave.

Ciñó el cuello del hombre con sus frescos brazos, y le ofreció los labios, en una caricia profunda y ardiente.

—¿Me lo juras? —pronunció él, con voz ronca—. Si me engañas, sería capaz de...

—Calla, Dave, amor mío. ¿Cómo puedes pensar tal cosa? Te he dado pruebas de mi amor. Por ti, fui infiel a Larry, ¿lo has olvidado?

Harrison se derritió entre los brazos de la mujer. La besó locamente, en el cuello, en los labios, en el pecho...

—Pero tienes que ser sensato, Dave —murmuró ella, acariciando su oído con su aliento ardiente—. Tenemos que tomar precauciones, lo comprendes, ¿verdad? Tu madre... es vieja, le quedan pocos años de vida. Recuerda: sufrió un ataque al corazón, que pudo costarle la vida. ¿Y quién dice que no sufra un nuevo infarto? Todo depende de ti. De ti, Dave, vida mía...

A Harrison le zumbaron las sienes.

Lo que la mujer le proponía era una monstruosidad, pero... él no podía... vivir sin Joan.

De repente, despertó, sobresaltado.

—¿Qué..., quién? —farfulló, con torpeza.

El teléfono volvió a zumbar.

La tarde era cálida y pesada. Dave había bebido con exceso, a mediodía, y sus sentidos estaban embotados. Finalmente alargó una mano, mientras con la otra se frotaba la nuca.

Junto a él, Joan se removió, desnuda bajo las sábanas.

—¿Qué ocurre? ¿Quién era, Dave? —preguntó.

Harrison colgó el teléfono violentamente.

—Uno de los hombres que contrató Rod Campbell. Ha visto a Larry en una posada de la carretera sur. Le acompaña una mujer joven. Viajan en un coche, matriculado en Colorado —respondió él,

lívido.

Joan se incorporó de un salto, abandonó el lecho y corrió hacia el baño.

—Llama a Anthony Glenn —me aconsejó Frank DeBianco—. Es un buen abogado y un hombre honrado. ¿No le recuerdas? No, claro que no, tonto de mí... Glenn estudió en la Universidad, contigo y conmigo. Glenn te asesoraba en los negocios, Larry. Él puede ayudarte mucho.

Miré a Jenny. La vi angustiada y lejana.

¿Cómo no iba a estarlo, si acababa de saber que yo estaba casado, que tenía una madre y un hermano...?

Acaricié su mano, le sonreí. Pero ella no correspondió a mi sonrisa.

—¿Qué decides? —insistió el padre DeBianco, impaciente.

—No sé. Me da vueltas la cabeza... Compréndelo, Frank. Yo no sabía nada de mí. Durante dos horas, tú has estado reconstruyendo mi pasado. Todo es muy extraño...

Frank dejó caer su enorme puño sobre la mesa de la sacristía.

—Demasiado extraño —puntualizó—. Si sufriste una amnesia o algún desequilibrio mental, ¿por qué tu familia hizo creer a todo el mundo que te habías marchado a Europa, por una larga temporada?

Me desesperé.

—¡No lo sé, no lo sé! —grité, perdido el control—. ¿Cómo puedo saberlo, si no recuerdo nada?

Frank puso una mano sobre mi hombro.

—Lo comprendo, Larry —respondió con suavidad—. Sé que necesitas tiempo para asimilar tu pasado, y no insistiría, si no fuera porque adivino que hay algo turbio en este asunto. El incidente de Wood Inn, ese horrible atentado desde un helicóptero... Tenemos que obrar con cautela, Larry. Por fortuna, cuentas con la inestimable ayuda de la doctora Parrish.

Jenny asintió. Al sentirse aludida, sonrió tristemente.

—¿Entonces...? —pregunté, desorientado.

—No podéis dormir aquí, pues sólo hay una cama: la mía. Pero mi hermana Gianna vive en el pasaje Freemont, a menos de cien metros de aquí. Dormiréis en su casa: allí estaréis a salvo. Pero esperad —el padre DeBianco se puso en pie, y nos dirigió una tranquilizadora mirada—: Voy a echar una ojeada a la plaza para

comprobar que nadie advierte vuestra salida.

Abandonó la sacristía, y quedamos solos.

Tomé la mano de Jenny, la atraje hacia mí, y la besé en los labios, muy emocionado.

—No sé cuántas cosas nuevas me quedan por descubrir, Jenny. Pero quiero que estés segura de una cosa: es a ti a quien amo, solamente a ti —le dije.

Entonces la sonrisa brilló en sus labios y en sus ojos, y un profundo suspiro brotó de su garganta.

Iba a decirme algo, pero en aquel momento volvió Frank.

—He dado una vuelta a la plaza, y no he visto nada sospechoso —advirtió—. Vamos, os llevaré a casa de Gianna. Y no temáis: conmigo no os puede pasar nada malo —bromeó, para infundirnos ánimo.

Cruzamos la sacristía, y salimos a un callejón próximo a la plaza. Poco después, ascendíamos la escalera de una vieja casa de vecindad.

CAPÍTULO XII

Rod Campbell era un hombre de cuarenta años, delgado y elegante. Tenía una cabeza estrecha, calva y brillante, una nariz fina y unos ojos fríos y penetrantes.

Fumaba un cigarrillo de boquilla dorada, cuando Joan y Dave Harrison penetraron en su lujosa casa de Dubois Hill.

Harrison parecía muy nervioso, y no aceptó el asiento que el jefe de producción de los Laboratorios Harrison le ofrecía.

—No perdamos el tiempo, Rod. ¿Para qué nos has hecho venir aquí? —farfulló Dave.

Campbell era un hombre frío, poco impresionable, y no se inmutó por la impetuosa actitud de Harrison.

—El teléfono no es apto para discutir ciertos asuntos, Dave. Pero, en fin, antes me gustaría saber qué significa esa tontería de hacer intervenir a la policía, en la búsqueda de Larry y su joven amiguita —especificó, sin alterar su voz.

—Fue cosa de Joan —informó Dave, señalando a su espalda, pues la mujer se había acomodado tranquilamente sobre un mullido sillón de cuero.

—¿Por qué lo hiciste, Joan? —insistió Campbell.

—No me hables con ese tono. Y lo que hice no fue ninguna tontería: en el informativo de la televisión de anoche vi las imágenes de dos personas que habían cometido un atraco en un Banco de Nueva York. Huyeron, después de asesinar a un vigilante y herir a dos clientes. Eran un hombre alto y rubio y una mujer morena...

—No irás a imaginar que los atracadores eran Larry y esa chica —la interrumpió calmosamente Rod Campbell.

—No seas estúpido —escupió Joan—. Cuando uno de tus espías creyó ver a Larry y a la joven en la plaza Saint Lawrence, comprendí que podía utilizar la ocasión por los pelos. Llamé a la

policía, les dije que había visto a los atracadores de Nueva York, en las proximidades de Saint Lawrence y di... las descripciones de Larry y esa muchacha. Si la policía los encontraba, no se andarían con delicadezas, puesto que se trataba de delincuentes peligrosos, ¿no lo comprendéis? Era una forma de eliminar fácilmente a Larry y su acompañante.

Campbell estrechó sus fríos ojos.

—Confieso que era una jugada brillante, incluso práctica, pero no ha surtido efecto. Eso es lo que quería deciros: mis hombres han registrado escrupulosamente la zona, al igual que la policía. Desgraciadamente, no han encontrado a las personas que nos interesan —explicó.

Dave paseaba, muy nervioso, de un extremo a otro de la amplia estancia.

—¿Qué te ocurre, Dave? —le interpeló la mujer—. Se diría que te ronda alguna idea interesante.

Harrison se detuvo en seco.

—¡Ahora lo comprendo! —Gruñó, rabioso.

—¿Qué es lo que comprendes, querido? —quiso saber Joan.

—¡El párroco de la iglesia de Saint Lawrence...! Es Frank DeBianco, un íntimo amigo de Larry. El y su amiguita debieron esconderse en el templo... Y el padre DeBianco les ha protegido. Quizá, incluso, estén todavía allí... ¿Qué mejor refugio que una iglesia? —exclamó.

Campbell y Joan cambiaron una rápida mirada.

—Dejadlo de mi cuenta, ya me ocuparé de eso. —Campbell descolgó el teléfono y marcó un número. Apenas pronunció unos monosílabos. Tras lo cual colgó y miró fugazmente a Harrison y a la mujer—. Esperadme aquí. Os tendré al tanto de los acontecimientos.

Dave le detuvo por un brazo.

—Rod, haz todo lo posible por atraparlo vivo —murmuró, muy agitado—. Compréndelo, es mi hermano...

—Supone un peligro para nosotros —arguyó Campbell.

—¡No! Le devolveremos a Pueblo o a otro lugar más seguro. No quiero que lo maten, ¿me has oído? —gritó.

Rod se libró suavemente de la crispada mano de Harrison, y se sacudió la manga de su impecable traje.

—Aún no hemos cobrado la pieza, y ya estamos disponiendo de ella —respondió, irónico—. Está bien. Veremos qué se puede hacer.

Dave se dejó caer en un sillón, extenuado.

Pero Joan acompañó a Campbell hasta la puerta. Ya allí, detuvo al hombre, y murmuró ardientemente en su oído:

—No hagas caso a ese infeliz, Rod... Si quieres que siga siendo cariñosa y complaciente contigo... ¡mátalos!

Campbell sonrió, enseñando los dientes.

—Ya lo había decidido, desde el primer momento —respondió.

Durante largas horas me agité, inquieto, en la confortable cama que Gianna DeBianco había puesto a mi disposición.

Las ideas giraban vertiginosamente en mi mente, componiendo un verdadero torbellino caótico.

Debían ser altas horas de la madrugada, cuando el sueño acudió a mí.

Bien entrada la mañana, me despertó el rumor de unos golpes dados en la puerta de mi habitación.

—¡Abre! Soy yo, Jenny —oí.

Me puse apresuradamente los pantalones, y fui a abrir.

En cuanto vi la consternada expresión de Jenny, advertí que algo irreparable había sucedido.

Ella penetró en mi habitación, y rompió en sollozos.

La abracé, sequé sus lágrimas, pronuncié unas palabras de consuelo...

—Per favor, habla. Dime qué ha ocurrido —supliqué, finalmente.

Alzó el rostro, y advertí profundas ojeras en sus párpados.

—Algo horrible, Joe... Es decir, Larry —sollozó—. Tan horrible que apenas me atrevo a hablarte.

—¡Por favor, Jenny, me tienes sobre ascuas! —grité.

—Han asesinado al padre DeBianco —musitó.

Quedé petrificado de horror.

—¿Cómo? —grité—. ¿Que han matado a Frank? ¡No puedo creerlo!

—Hace poco rato, me despertaron unos sollozos —me explicó Jenny—. Me levanté de la cama, y salí de mi habitación. Gianna estaba en la cocina, y gemía desconsoladamente. Durante los primeros minutos, no conseguí saber la causa de su profundo

desconsuelo, pues sufrió un ataque de nervios. Cuando al fin conseguí que se calmase un tanto, me lo contó todo...

Al parecer, Frank DeBianco solía venir cada mañana a casa de su hermana para tomar el desayuno.

—Como era muy madrugador, y nunca llegaba aquí después de las ocho, Gianna empezó a preocuparse, cuando dieron las nueve y el sacerdote no se presentó... Decidió acercarse a la iglesia, pues disponía de una llave de la puerta que comunicaba con la sacristía.

Encontró el cadáver, ya frío y rígido, de su hermano. Le habían fracturado el cráneo a golpes, y le habían quemado manos y rostro, con cigarrillos, según ha establecido la policía...

Retrocedí lentamente, desencajado.

—¡No es posible, no es posible! —grité—. Frank era... un hombre honrado y generoso, un gigante inofensivo y bondadoso...

Me dejé caer sobre el lecho, y lloré como un niño, durante un rato. Jenny acariciaba mis cabellos en silencio.

Al cabo, mis ojos se secaron.

Sentí una cólera sin límites, un rencor ciego, animal.

—No es justo, Jenny. Creo... creo que debo matar a los que lo hicieron —murmuré, tembloroso.

—Cálmate, por favor —susurró Jenny, impresionada al contemplar mis facciones desencajadas.

Poco a poco, mis nervios fueron serenándose.

—¿Por qué lo mataron? —me pregunté.

Fue Jenny la que me dio la respuesta, aunque yo lo sabía tan bien como ella.

—Le torturaron, Larry. ¿Con qué fin? Se puede deducir fácilmente: querían que confesara nuestro escondite. Pero Frank se dejó matar antes de descubrirnos...

—¿Qué hora es? —quise saber.

—Las doce del mediodía.

—Tenemos que irnos —decidí—. En ese lugar no estamos seguros. Más tarde o más temprano, los que nos buscan comenzarán a atar cabos y vendrán aquí.

—Pero Gianna...

—No creo que ella esté en peligro. Lo siento, Jenny, pero ahora nada podemos hacer por ella. Más tarde, quizá. Prepárate, nos vamos.

—No tengo nada que preparar. No disponemos de otra cosa que lo puesto —respondió.

Terminé de vestirme apresuradamente, puse orden en mis cabellos y empujé a Jenny fuera de la habitación.

Desde el pasillo, escuchamos los acongojados gemidos de Gianna. Mi cuerpo entero vibró de cólera, pero hice una señal a Jenny y abrimos la puerta.

—Es mejor así. Cualquier cosa que ella supiera acerca de nosotros, sólo serviría para causarle daño —dije en voz baja.

Desde el rellano, atisbamos a un lado y otro de la calle. No había nadie. Salimos y caminamos aprisa, en dirección contraria a la plaza Saint Lawrence.

Según me había explicado Frank la noche anterior, en aquella iglesia me habían bautizado. En el mismo lugar que el padre DeBianco había encontrado la muerte por protegernos.

Por el camino, lloré de pura impotencia. Habían ocurrido demasiados incidentes dramáticos en las últimas horas, pero lo peor para mí era no poder recordar.

Pero mi mente trabajaba constantemente e iba obteniendo deducciones lógicas.

¿Por qué mi familia había mentido, por qué hicieron creer a todos que yo estaba en Europa, cuando no había salido de mi país?

¿Quién era culpable? ¿Mi madre, Elizabeth Harrison, o mi hermano, Dave?

Jenny caminaba, ligera, a mi lado. Sin hacer preguntas, silenciosa y leal.

—No tengo perdón —le dije—. Te he metido en una trampa, que puede resultar mortal.

Se detuvo de repente y me miró, disgustada.

—Tú no me metiste en ninguna trampa —protestó con ardor—. Fui yo quien se empeñó en acompañarte. No tienes nada que reprocharte, Larry. Por otra parte, yo seguiré contigo hasta donde sea necesario.

La abracé por los hombros y besé sus cabellos con ternura.

—Eres una gran muchacha, Jenny —le dije.

—Y tú, el hombre al que yo amo —respondió ella, trémula.

Sus palabras me hicieron recordar a Joan Harrison, mi esposa, según la revelación del pobre Frank De-Bianco.

Me pregunté cómo sería Joan y qué parte de responsabilidad podía caberle en lo que mi familia había hecho conmigo.

De una cosa estaba seguro: yo no amaba a mi esposa. Amaba apasionadamente a Jenny y... yo no podía estar enamorado al mismo tiempo de dos mujeres.

CAPÍTULO XIII

—Después de oírte no quiero que sigáis aquí, Larry. Si alguien os ha visto penetrar en este edificio, podíais correr un grave riesgo —dijo Anthony Glenn—. Venid conmigo. Os llevaré a un lugar seguro.

Descendimos los tres en un rápido ascensor, hasta la subplanta dos.

Glenn nos guió hasta su automóvil, un amplísimo «Continental».

—Tendeos delante del asiento trasero. Hay espacio suficiente —indicó—. Viajaréis un poco incómodos durante un cuarto de hora, pero, creedme, vale la pena tomar precauciones.

Hablaba en serio, no se andaba por las ramas, lo que me convenció de que debíamos seguir sus indicaciones.

Jenny entró primero y luego me tocó a mí. Tuve que doblar mis largas piernas de modo inverosímil, pero Glenn extendió una fina manta de viaje sobre nosotros y cerró las portezuelas.

Oímos el chasquido del arranque y el suave zumbido del motor. El coche se puso en movimiento.

Pronto empezamos a sudar bajo la manta. Pero Jenny y yo permanecemos inmóviles y silenciosos hasta que escuchamos la voz de Glenn:

—Podéis salir. Ya no hay peligro.

Apartamos la manta y nos dejamos caer sobre el mullido asiento trasero.

—Podemos seguir hablando —propuso el abogado—. ¿Tienes pruebas de tu estancia en la Clínica Warner?

—Jenny estaba cumpliendo su internado allí. Pero supongo que su testimonio no sería decisivo. Por otra parte, me llevaron allí con el nombre de Joseph Richards —respondí.

—Pero tu fotografía estaba pegada a la ficha clínica, Larry —intervino Jenny—. Saqué una fotocopia. La tengo en Pueblo.

—Muy interesante —aprobó Glenn—. Me ocuparé de hacer

algunas gestiones al respecto.

—Pero no hemos seguido la conversación que manteníamos en tu despacho, Tony —dije—. Frank DeBianco aseguró que tú eras el asesor legal de los Laboratorios Harrison...

Glenn me miró a través del espejo retrovisor.

—Larry, tú me llamaste hace cinco años y me propusiste la asesoría. Tú y yo nos entendimos siempre a la perfección, pero no ocurrió lo mismo con Dave. Cuando tú desapareciste, año y medio atrás, él se hizo cargo de la dirección técnica de la empresa. Por supuesto, no estaba suficientemente capacitado, pero eso no era cosa mía. Fui a verle y le manifesté mi extrañeza por tu ausencia. «¡Yo no creo que Larry se haya marchado por su voluntad!», le dije literalmente. Al otro día, recibí un cheque de diez mil dólares y una nota en la que tu hermano me decía que ya no necesitaban mis servicios —explicó con voz sosegada.

—Quieres decir que le molestó tu comentario respecto a mi ausencia...

—Exactamente. Aquello me pareció muy raro. Pude averiguar que tu esposa visitaba continuamente la factoría, e incluso se permitía dar consejos, despedir a empleados, etcétera.

—Muy extraño, sí —admití.

—Más aún para mí, que te conocía desde hace veinte años. No me cabía en la cabeza que lo hubieras dejado todo para correr en pos de unas faldas. Y ahora sé que mi deducción era razonable. Tengo que decírtelo, Larry: cometiste un tremendo error al casarte con Joan Merritt. Es una mujer terriblemente ambiciosa y egoísta.

Me esforcé en recordar el rostro de Joan. ¡Maldita memoria la mía!

Entretanto, Glenn había abandonado la carretera para tomar un camino a la derecha.

A lo lejos, divisamos unas colinas verdes.

—¿Adónde nos llevas? —pregunté.

—Mi madre vive en una casa de campo, a pocos kilómetros de aquí. Es una campesina, ¿sabes? Odia la ciudad, y no he conseguido sacarla de aquí. Por fortuna, mi hermana menor, Glynnis, y su esposo, Ted Clapman, viven aquí con ella. Clapman es policía.

Al notar que yo fruncía mi ceño, Glenn se apresuró a aclarar:

—Mi cuñado es un policía honrado, Larry. Nos ayudará.

Diez minutos después, alcanzábamos la ladera sobre la que se alzaba una sólida casa de piedra, con alegres ventanas y cubierta de pizarra. Había un corral, donde galopaban dos potros y una camioneta desvencijada.

Glenn se había marchado, pero volvió al anochecer acompañado de su cuñado, Ted Clapman, un joven de treinta años, delgado y moreno, con aspecto de intelectual.

—Tú no recuerdas a Ted, Larry, pero él te conoce suficientemente —comentó Anthony Glenn—. Le he hablado claramente y se ha mostrado muy interesado en el caso. Vamos a cenar y después hablaremos —propuso.

A las diez, Glenn, Clapman y yo nos reunimos en un saloncito apartado, mientras las mujeres veían la televisión.

—El mayor obstáculo, Larry, es su amnesia total —dijo Clapman—. Sin embargo, parece claro que debía existir un motivo muy grave para que su familia decidiese desembarazarse de usted de modo tan inicuo.

—Su madre, la señora Harrison, está al margen de ello, estoy seguro —intervino Anthony Glenn—. La conozco de sobras. Tiene casi setenta años y tiene las piernas paralizadas, como consecuencia de un ataque cardíaco. Si queréis tener en cuenta mi opinión, yo pienso que la responsabilidad es únicamente de Joan y de Dave Harrison. ¿Qué piensas tú, Larry?

—¡Ojalá pudiera opinar! —me lamenté—. Pero sólo poseo los datos que vosotros me habéis ido facilitando. ¡Si pudiera recordar...!

—Bien, dejemos eso —dijo Glenn, advirtiéndome mi angustia—. Lo que me inquieta es buscar un motivo lo suficientemente sólido para explicar que Dave y Joan decidiesen librarse de ti, enviándote a un distante manicomio. Dave no tenía problemas económicos. Por otra parte, no posee suficiente ambición... A fin de cuentas, los Laboratorios Harrison producían beneficios suficientes para repartir entre todos... ¡Debía haber otra razón! Una razón mil veces más poderosa, como... para incitarles al asesinato.

—Quiero que sepáis algo —intervino Clapman—. Sé que hace seis meses el Departamento de Narcóticos giró una escrupulosa inspección en los Laboratorios Harrison...

—No me habías dicho nada, Ted.

—Me advirtieron que lo mantuviera en secreto, pero ahora las circunstancias han cambiado, y creo que puedo hablar francamente con vosotros.

—¿Por qué la inspección? —pregunté yo.

—Nueva York está inundado de estupefacientes últimamente, especialmente cocaína y heroína. Las muestras decomisadas eran de una pureza tan extraordinaria, que los químicos del Departamento estuvieron de acuerdo en que los productos se habían refinado en un laboratorio especializado.

—Pero en los Laboratorios Harrison no se fabricaban esos productos —le interrumpió Glenn.

—No se fabricaban... oficialmente, al menos. —Clapman me dirigió una rápida y furtiva mirada—. Todo empezó cuando, en diciembre del año pasado, murió un joven llamado Chuck Peralta. La autopsia reveló que había fallecido como consecuencia de una sobredosis de heroína. Peralta trabajaba precisamente en los Laboratories Harrison, lo que orientó las pesquisas de los hombres del Departamento de Narcóticos. Por desgracia, aunque obtuvieron un mandamiento judicial y registraron todas las instalaciones, no hallaron nada sospechoso.

Glenn golpeó la mesa con un puño.

—Estamos en un callejón sin salida —exclamó, malhumorado—. Sospechamos de dos personas, pero no poseemos ninguna prueba contra ellas.

—Calma —intervino Clapman—. Voy a establecer una discreta vigilancia alrededor de Joan y Dave Harrison. Ya veremos...

Transcurrió una semana sin novedad. Jenny y yo estábamos a salvo en la casa de campo de los Glenn, pero la impaciencia y la incertidumbre me tenían en vilo, siempre inquieto y agitado.

Glenn venía a vernos casi todos los días. Pero yo esperaba con impaciencia a Ted Clapman, cuyas noticias solían ser invariablemente del mismo tenor:

—Nada. Hacen vida normal. No hemos podido advertir nada sospechoso en su conducta. Se diría que están avisados...

Una tarde, Anthony Glenn vino a vernos.

—He contratado los servicios de un excelente detective de Pueblo. Mansfield ha ido a la Clínica Warner. No hay nada que hacer: todos tus antecedentes en aquel centro han desaparecido —

dijo.

—Pero la fotocopia que yo guardo... —exclamó Jenny.

—Las fotocopias no tienen ningún valor como prueba —advirtió rotundamente el abogado.

Cuando Ted llegó, estuvimos cambiando impresiones.

De repente, me puse en pie impulsivamente y dije:

—Estoy harto de esperar. He estado pensando y tengo la solución.

—¿Qué solución?

Se lo expliqué detalladamente.

Cuando terminé, Jenny había palidecido.

—¡No puedes hacerlo, Larry! ¡Es demasiado arriesgado! —gritó.

Pero yo había tomado ya una decisión y no pensaba volverme atrás.

CAPÍTULO XIV

Joan acusó fríamente a Campbell:

—Tus esbirros han debido cometer alguna indiscreción.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el fino Rod Campbell, sin excitarse.

—Durante toda la semana dos mujeres han estado siguiéndome. Las conozco: son policías —escupió Joan.

Dave se llevó el vaso de *whisky* a los labios.

—Lo estáis complicando todo diabólicamente. Hasta ahora habíamos arreglado las cosas sin necesidad de matar. Pero tú, Rod, permitiste que tus asesinos matasen a un sacerdote. Y la opinión pública está excitada porque el padre DeBianco era un hombre apreciado por todos. No sé, pero algo me dice que todo esto acabará mal —se lamentó.

Joan se puso en pie y arrebató furiosamente el vaso que Dave tenía en la mano.

—¡Esto es lo que te hace ver fantasmas! Te emborrachas un día detrás de otro. En una de tus borracheras te irás de la lengua, y todo estará perdido, en efecto —acusó, hiriente.

—No soy tan estúpido, querida. Nunca bebo fuera de casa. Y cuando me emborracho me voy a dormirla —respondió Harrison, airado.

—No os excitéis los dos —intervino el impasible Campbell—. No hay nada que temer, por ahora. Si la policía nos vigila, sólo tenemos que comportarnos como siempre, sin alterar nuestras costumbres en nada...

Joan se volvió hacia él, nerviosa.

—No puedo estar tranquila hasta que encontremos a Larry y su amiguita. Si no fuera porque es de carne y hueso, pensaría que se trata de un fantasma: desaparece, aparece y vuelve a esfumarse, sin dejar rastro —exclamó.

En aquel momento se dejó oír el zumbido del teléfono.

Dave, que estaba más cerca de la mesita, lo descolgó con un ademán veloz.

—¿Señor Harrison?

—Sí, soy yo.

—Le habla

O'Rourke,

el vigilante nocturno, señor —la voz sonaba un tanto alterada—. Su hermano acaba de penetrar en el recinto de los laboratorios...

—¡Larry...! —Se atragantó Dave.

—Así es, señor.

—¡Pedazo de estúpido! —gritó Harrison—. ¿Por qué... por qué le permitió entrar? ¡Ya le había advertido...!

—Lo sé, señor Harrison. Se lo explicaré: hace unos minutos vi acercarse un coche a la verja. Era un «Continental», idéntico al suyo... Usted y su hermano se parecen mucho... En la penumbra, le confundí con usted, y abrí. Lo siento, señor Harrison, pero...

Dave colgó violentamente y se volvió hacia sus socios. Estaba desenchajado.

—Larry ha conseguido penetrar en los laboratorios —explicó con voz desmayada.

Joan dejó escapar un grito de angustia.

Durante unos segundos ninguno fue capaz de reaccionar. Luego, las facciones de Joan se endurecieron.

—¿Qué esperamos? ¡Vamos allá, no podemos dejarle escapar...! —exclamó, decidida.

Rod Campbell la detuvo por un brazo, con una violencia impropia en él, siempre sosegado e imperturbable.

—Calma, querida —ordenó, enérgico—. Hay que tener la mente fría cuando se trata de solventar asuntos trascendentes. No iremos nosotros.

—Pero...

—Tú misma has advertido que te vigila la policía. ¿Quieres verte comprometida en un caso de asesinato? Nosotros permaneceremos aquí, tranquilos, mientras otros actúan por nosotros.

Descolgó el teléfono, marcó reposadamente un número, y dictó sus instrucciones con voz tranquila e inalterable.

Colgó.

—Ahora sólo tenemos que esperar. Ya nos avisarán del resultado cuando llegue el momento —pronunció.

Dave, con el rostro brillante de sudor, y un tremendo temblor en sus manos, estaba sirviéndose un nuevo *whisky*.

Yo mismo me sentía admirado de la seguridad de mis movimientos. Había dejado aparcado el coche de Glenn ante el edificio de oficinas, y me había dirigido, sin dudar, hacia el vestíbulo.

En una vitrina metálica estaban todas las llaves de las numerosas dependencias. Sin dudar la abrí y seleccioné cinco.

Salí. El vigilante nocturno estaba telefoneando en el interior de su cabina, pero también su acción entraba dentro de mis cálculos.

Anduve rápido hacia la primera unidad de fabricación y abrí la puerta. Una inmensa nave se ofreció a mis ojos. Anchísimos tubos recorrían las alturas. Abajo, una batería de máquinas se extendía hacia el fondo.

Comencé a ascender una escalera metálica y me deslicé a lo largo de un pasillo de diez metros sobré el suelo.

Pulsé un conmutador eléctrico y seguí hacia adelante.

Otra escalera metálica me llevó hasta la unidad de incendios, instalada en lo alto. Abrí una espita, gradué un manómetro y me detuve.

Encendí un cigarrillo. Una lámpara suspendida iluminaba tenuemente la entrada a la unidad número Uno. El resto quedaba en una semipenumbra, que convenía a mis planes.

Consulté el reloj de Jenny: las once cuarenta y cinco.

El leve

run-run

de un compresor era todo lo que podían escuchar mis oídos.

—Bien —murmuré—. Adelante.

Seguí avanzando a lo largo de una galería elevada y penetré en una unidad de control. Maniobré en el panel de instrumentos, pulsé, sin dudar, algunas teclas y salí.

Descendí apresuradamente. Eran las once cincuenta.

Comprobé que el gran portón que daba al muelle de carga estaba cerrado, y volví a las alturas.

Apoyado en la barandilla, dejé caer el cigarrillo y lo aplasté cuidadosamente sobre las planchas metálicas.

Aguardé, impaciente. Eran las doce.

Entonces caminé hacia el cuadro eléctrico y apagué la única lámpara encendida. Disponía de una linterna muy potente, pero en realidad no la necesitaba para desplazarme en las tinieblas.

Súbitamente, llegaron a mi varios sonidos desde el exterior: un frenazo, el chirrido de la verja, el petardeo de varios motores, el abrir y cerrar brusco de varias portezuelas de automóviles...

Estaban allí. Se aproximaban, podía oír sus pasos en mitad de la silenciosa noche. Un siseo apagado, conversaciones a media voz, un chasquido metálico... ¡Armas de fuego! ¿Una pistola?

La ancha puerta estaba abierta. Los focos que iluminaban el recinto de la fachada enviaban un rectángulo de blanca luz hacia el interior de la nave.

Una silueta cruzó, rauda, la zona iluminada, y desapareció entre las sombras. Y otra, y otra...

—Cinco —murmuré.

Permanecí inmóvil, conteniendo la respiración, en el pasillo superior.

Una sombra se deslizaba hacia la sección de liofilización. Retrocedí despacio, hasta las llaves de control. El hombre estaba agazapado. Un destello metálico abajo. Un arma.

Giré la manivela, con todas mis fuerzas, a la izquierda. Un enorme chorro de vapor a presión surgió silbante y envolvió la sección.

Abajo se oyó un alarido de dolor y una silueta se alejó tambaleante hacia el rectángulo iluminado de la puerta.

«Mi estrategia funciona», pensé, satisfecho.

Corté el vapor. Húmedas nubecillas quedaron flotando en el aire.

Me agaché y avancé un poco la cabeza en el vacío. Se oía un cuchicheo apenas audible. ¿Cambian impresiones?

De improviso vi brillar un fogonazo. Un pedazo de plomo arrancó chispas de la barandilla y me obligó a retirarme aprisa.

Retrocedí diez metros, hasta el cuadro eléctrico. Acababa de escuchar el rumor de unos pasos que ascendían la escalera metálica...

Di a un conmutador. La nave quedó iluminada como a plena luz del día.

Dos individuos saltaron en mitad de la nave y rodaron espectacularmente hasta desaparecer bajo las moles metálicas de dos máquinas envasadoras.

Apagué la luz.

Un juramento, una sarta de palabrotas, seguida de un aullido... Alguien había tropezado en los peldaños metálicos, golpeándose dolorosamente las espinillas.

Permanecí inmóvil, silencioso, expectante, con todos los sentidos alerta.

Todo estaba en silencio.

Luego... un leve arrastrar de pies sobre las planchas metálicas de la galería elevada. El chorro de luz de una linterna...

Caminé hacia el fondo y me detuve tras un voluminoso pilar de hormigón armado.

Alguien avanzaba hacia mí con la linterna en la mano. Esperé, me erguí para evitar que las punteras de mis zapatos sobresaliesen de la columna...

La silueta de un hombre apareció ante mí. Vacilaba, había apagado la linterna y aguardaba en la sombra, respirando con fuerza.

Aquel hombre tenía miedo, mucho miedo. Pero empuñaba una mortífera metralleta

M-10

en sus manos.

El hombre apoyó la mano izquierda en la barandilla y se inclinó hacia adelante.

Entonces salté sobre él. Llevaba en el bolsillo el revólver del tipo que me amenazó en el Wood Inn, pero preferí no utilizarlo. Me limité a atezar su brazo derecho y a golpearlo con fuerza sobre uno de los tubos de la baranda.

La metralleta «Marietta» se desprendió de su mano y cayó abajo con un escandaloso sonido metálico.

Oí un disparo... y las rodillas del hombre se aflojaron. Me dejé caer al suelo inmediatamente y permanecí inmóvil. Toqué su rostro un momento después: sus facciones estaban empapadas de sangre y su corazón había dejado de latir... ¡Le habían matado sus propios compinches!

La oscuridad era total hacia la mitad de la gran nave de cien

metros de longitud. Escuché un rumor próximo y me desplacé lejos del cadáver de aquel hombre.

Abajo resonó una voz excitada:

—¡¡Arriba!! ¿Qué esperáis...?

No se recataban ya en producir un considerable estrépito al ascender los peldaños. Subían en tropel.

Poco a poco, me aproximé a la escalera que llevaba a la unidad contra incendios.

Empecé a subir despacio, paso a paso, tanteando cada peldaño con la puntera del zapato para no producir ningún ruido.

La luz que provenía de la puerta de entrada era muy difusa, a cincuenta metros de distancia. Pero mis ojos, habituados ya a la penumbra, podían vislumbrar las cuatro siluetas que se deslizaban lentamente a lo largo de la galería elevada.

Había graduado el reloj de los focos de iluminación para que se encendieran tres segundos cada cinco minutos, por lo que terminé de escalar los peldaños y me dejé caer de bruces sobre el piso de la elevada unidad contra incendios.

La esfera fosforescente del reloj de Jenny marcaba las doce veinte minutos... De pronto, la nave fulgió como un chorro de plata, y los cuatro hombres que avanzaban por el pasillo se detuvieron como pillados de improviso.

Aquellos tres segundos fueron suficientes para que yo comprobara que ninguna de aquellas personas eran las que yo esperaba... ¿Qué había sucedido?

Desde lo alto de la claraboya escuché la susurrante voz de Ted Clapman:

—Larry, ¿está ahí?

Iba a responder, cuando desde la galería surgió una cadena de fogonazos anaranjados.

Mi cerebro estalló como una traca multicolor. O eso fue lo que pude percibir.

Después, nada. La oscuridad total.

CAPÍTULO XV

Transcurrió una eternidad... de veinte días.

Alguien tocó mi frente y dijo:

—Tiene un cráneo muy resistente, señor Harrison. Quizá por eso sigue vivo.

¿Vivo...?

Abrí los ojos y volví a cerrarlos inmediatamente, pues la estancia estaba llena de luz.

Luego, una mano fresca y fina entrelazó sus dedos con los de mi mano derecha.

—Larry...

Abrí los ojos con precaución.

Miré aquel óvalo expresivo, los cabellos que caían en cascada oscura sobre las blancas sábanas.

—¡Jenny!! —exclamé, con profunda alegría.

Otra persona se aproximó a mí por la derecha del lecho. Un hombre que vestía una bata blanca.

—Es el doctor Stuart, Larry —dijo Jenny—. Él ha vigilado tu estado desde hace veinte días. Al principio, creímos que no habría solución. Permanecías en coma profundo, parecías muerto... Pero será mejor que te lo explique el propio doctor Stuart.

Stuart, un hombre de unos cincuenta y cinco años, de cabellos canosos y facciones rudas, dijo:

—No, no, siga usted, doctora Parrish. Veo que el señor Harrison le entiende muy bien.

—Bueno... —Jenny tragó saliva—. Una bala te alcanzó en la cabeza y tuvieron que trepanar tu cráneo... La masa encefálica había sido alcanzada, Larry. Era una operación a vida o muerte... Hemos esperado durante veinte días...

La voz de Jenny se quebró. Su rostro enflaquecido valía por mil palabras.

—Está vivo, señor Harrison. Y crea que es un verdadero milagro. Ahora está fuera de peligro. Pero... ¡es curioso! Tenía una gran cicatriz en el occipucio, muy profunda, aunque sus cabellos la ocultaban. También debió ser un traumatismo importante —observó el doctor Stuart.

Me incorporé sobre un codo.

—Lo sé —dije—. Fue mi esposa la que me la produjo... cuando me arrojó al vacío, desde quince metros de altura.

—¡¡Larry!! —gritó Jenny pasmada de asombro—. ¡Has recuperado la... memoria!

—Sí —respondí.

Estaba seguro de que todo, cada vivencia, iba a repetirse, paso a paso.

Marqué un número en el teléfono.

—¿Dave? Tenemos que hablar. Voy hacia los laboratorios —dije. Y colgué.

Yo sabía que era la única solución. Glenn y Clapman me lo habían dicho:

—No tuvimos elección —aseguró Clapman—. Si no hubiéramos disparado contra ellos, te hubieran acribillado a balazos.

Cinco hombres habían muerto en la unidad primera de los Laboratorios Harrison. Cinco indeseables, asesinos a sueldo, según Clapman.

Jenny y yo nos habíamos entrevistado con mi madre. Sesenta minutos de emotiva charla, en la que abundaron las lágrimas y las caricias.

Ahora...

—Larry, no quiero perderte —gimió Jenny—. Sé que vas a una muerte segura.

—No —negué—. Todo irá bien. Sé a qué atenerme.

Bajé al garaje, tomé el coche de Anthony Glenn y conduje hacia la zona industrial.

O'Rourke

no estaba de vigilancia. El vigilante era un hombre de unos treinta años, delgado y atlético. Ted Clapman lo había introducido «bajo cuerda» en los Harrison Laboratories.

La verja se descorrió en silencio y el vigilante se acercó a la ventanilla.

—Están dentro, señor Harrison —susurró.

Aceleré y frené ante las oficinas. Luego bajé y caminé despacio hacia el almacén. El portón estaba cerrado, pero la pequeña puerta-postigo permanecía abierta.

La empujé y entré. Encendí la luz.

Altísimas pilas de embalajes de cartón se apilaban sobre el muro de la izquierda, ocupando la mitad de la superficie de la amplísima nave.

A la derecha había una vitrina. Detrás, una larga manguera plegada y una toma de agua para los bomberos.

Di a la manivela a la izquierda, presioné con fuerza y... una sección de los pesados embalajes almacenados comenzó a elevarse lentamente.

Una plataforma metálica, de cuatro metros por seis, dejó al descubierto una ancha escalera que descendía hasta el sótano.

Era un procedimiento muy ingenioso: la plataforma tenía exactamente las mismas dimensiones que las losas del piso, separadas entre sí por juntas de dilatación de caucho. Cuando la plataforma descendía, encajaba perfectamente entre las juntas, sin dejar un leve resquicio.

Descendí lentamente la escalera. A mis oídos llegaba un sordo y lejano trepidar de máquinas.

Al final de la escalera, se abría un largo pasillo a la izquierda. Caminé quince metros...

Y bruscamente desemboqué en la nave subterránea.

Era un sofisticado laboratorio clandestino dotado de carísimas instalaciones y máquinas de precisión para, refinar heroína y cocaína.

Una puerta blindada se cerró a mi espalda. No me inmuté, seguí adelante, pero una voz me detuvo:

—Buenas noches, señor Harrison.

Me volví. Era Rod Campbell, que me encañonaba con una M-10.

Entretanto, diez empleados seguían atentamente el proceso de fabricación que se llevaba a cabo en el laboratorio, ajenos a mi presencia.

—Buenas noches, Rod —dije, mirándole fijamente.

¿Temblaron las manos que empuñaban la metralleta o fue una

impresión mía...?

—Tome el pasillo central, señor Harrison —ordenó. Y añadió, irónico—: La historia vuelve a repetirse, ¿eh?

—Pero no en las mismas circunstancias —respondí. Y me detuve—. Hoy he venido hasta aquí deliberadamente.

Campbell enarcó una de sus finas cejas, muy intrigado. Luego hizo un gesto con su metralleta y me obligó a continuar.

Penetré en una oficina encristalada. Joan estaba al otro lado de los cristales. Y también Dave.

Entramos. Dave se puso en pie al verme; Joan permaneció sentada.

—Buenas noches, Dave —saludé, sin mirar a mi esposa—. Veo que sigues deshonrando a los Harrison.

Mi hermano desvió la mirada, intensamente agitado.

—Yo... me opuse, Larry —gimió, arañándose la frente, fuera de sí, en un tremendo ataque de nervios—. ¡Fue... fue ella, esa maldita! ¡Me enloqueció, me perturbó con sus coqueterías, aniquiló mi voluntad!

—Llora, pequeño, llora —se burló Joan, que me miraba fijamente, como si esperase mi reacción.

Pero yo me senté tranquilamente frente a ella. Campbell elevó la metralleta, nervioso, cuando metí una mano en el bolsillo interior de mi chaqueta, pero se tranquilizó al ver que sacaba una cajetilla de cigarrillos. Encendí uno y dejé la cajetilla sobre la mesa.

—¡Larry! —gritó Dave, viniendo hacia mí y dejándose caer a mis pies—. Yo evité que te matasen... Ellos querían rematarte, cuando Joan te empujó al vacío, desde el puente de la grúa, pero yo me opuse. Te tuvimos aquí durante muchos días. Cuando volviste en ti no recordabas nada y... decidieron enviarte lejos, donde jamás pudieras molestarles.

—Enternecedor —ironizó Joan, fríamente—. Pero debo hacer una salvedad, Larry: la culpa fue tuya. Si no te hubieras inmiscuido en nuestros negocios, te hubiera dejado seguir dirigiendo los laboratorios.

No la miré siquiera. Vigilaba a Rod Campbell, sobre todo.

—La idea fue de Rod... —insinué, arrojando una bocanada de humo hacia la lámpara del techo.

—Una excelente idea. Dominaba la técnica de laboratorios, pero,

yo quería ganar más dinero. Como no me fiaba de usted —explicó Campbell—, hablé con Joan, su esposa. Y ella estuvo de acuerdo. Sería muy beneficioso para nosotros refinar narcóticos, en un lugar tan seguro como los Laboratorios Harrison. Montamos esta planta subterránea clandestinamente y comenzamos a producir heroína refinada. Créalo, señor Harrison, nos quitaban el producto de las manos a un excelente precio.

Me alarmé cuando Joan cogió mi cajetilla de «Carltun». Tomó un cigarrillo, rascó un fósforo, encendió y arrojó descuidadamente el paquete sobre la mesa.

—Pero tú, Larry, empezaste a sospechar de mis largas ausencias —sus fríos ojos verdosos me miraban con fijeza de serpiente—. Y un día me seguiste hasta la fábrica. Y descubriste este sótano...

—Lo sé. Puedes ahorrarte palabras —la interrumpí, con dureza—. Logré escapar de aquí y subirme a la cabina del puente-grúa. Pero me golpeé en la oscuridad y caí, atontado. Tú me despeñaste desde quince metros de altura. Querías matarme, pero no lo conseguiste... Ahora sé la clase de fiera que eres. Un reptil, una serpiente venenosa. Has conseguido dominar a mi hermano y engatusar al maniquí de Campbell... No saben que harás con ellos lo mismo que hiciste conmigo..., en cuanto dejen de interesarte, porque tú, Joan, no tienes sentimientos.

—¡Larry, Larry! —lloriqueó Dave, aferrando mis rodillas.

Le tomé por los hombros y le atraje hacia mí. Le miré fijamente.

—Ahora sé por qué intenté estrangular, por dos veces, a un desconocido llamado Tony Remington... ¡Se parecía a ti! —grité.

Joan se puso en pie.

—Llévatelo de aquí, Rod, Hazle callar, ¡mátale! —gritó—. ¡Me crispa los nervios...!

Recogí mi cajetilla y la apreté entre los dedos.

—No podréis hacerlo, Joan. La historia jamás se repite —respondí. Súbitamente, empujé a Dave hacia adelante y me arrojé al suelo.

Simultáneamente, alguien rompió los cristales que nos separaban de la nave subterránea.

Rodé vertiginosamente para quitarme del camino de las balas, pues Rod Campbell acababa de apretar el gatillo de su «Marietta».

Un huracán de fuego barrió la pequeña oficina de control.

Astillas de madera y fragmentos de yeso volaron en todas direcciones, y las llamaradas de pólvora brotaron, flamígeras, a través de los destrozados cristales.

Un reguero de impactos levantó esquirlas del piso de hormigón, muy cerca.

Oí un gemido ahogado cerca de mí, alcé la cabeza y... vi el pecho de Dave cosido por una ráfaga de metralleta.

De rodillas junto a la maciza puerta de entrada, Rod Campbell disparaba locamente contra la cristalera.

Un balazo le perforó la garganta y la metralleta se le fue de las manos.

Entonces vi a Joan.

Se arrastraba lentamente bajo la mesa, en dirección a Rod, que se retorció en el suelo con el rostro bañado en sangre.

Ted Clapman destrozó a culatazos el marco de la cristalera. Su bata azul de trabajo se enganchó en una arista, y le impidió saltar adentro.

En aquel momento, las manos de Joan tomaron la «Marietta» de Rod. De un salto, retrocedió hasta la pared y gritó:

—¡¡Larry!!

Sus músculos faciales se crisparon en una mueca diabólica, y un chorro de balas brotó del arma que empuñaba.

Un trozo de madera desgajada de la larga mesa me hirió una mejilla. Inconscientemente, retrocedí de un brinco. Fue una maravillosa casualidad, porque inmediatamente las balas de la «Marietta» perforaron un mueble-archivador que yo había estado tapando con mi cuerpo.

Entonces sonó un alarido agudísimo y la metralleta enmudeció.

Asomé la cabeza y vi que Clapman había logrado saltar adentro, por fin.

Me abalancé sobre Dave, al ver que Joan yacía en el suelo, y Clapman recogía la «Marietta».

Mi hermano estaba agonizando. Entre sus labios brotó un chorro de sangre y se atragantó, asfixiado:

—Perdóname, hermano —murmuró.

Impulsivamente, le tomé por los hombros y le abracé. No me importaba mancharme de sangre, ni que mi hermano me hubiera enviado al manicomio de Pueblo.

Lloré amargamente, abrazado a él. Luego, Clapman me tocó en el hombro y susurró:

—Ya está bien, Larry. Déjalo. Está muerto.

Habían llegado las primeras lluvias del otoño. Jenny y yo habíamos ido al cementerio para ver el mausoleo erigido a la memoria de Frank DeBianco y para rezar por su alma.

Gianna DeBianco vivía con mi madre desde un mes atrás. Y ambas parecían entenderse a las mil maravillas.

Bajamos del coche y corrimos hacia la casa de mi madre porque la lluvia arreciaba. Luego, jadeantes y húmedos, nos besamos al amparo del portal.

Entramos y subimos a las habitaciones de mi madre. Las dos mujeres estaban junto al ventanal. Gianna estaba enseñando italiano a mi madre, que chapurreaba de forma pintoresca los vocablos que la hermana de Frank le iba dictando.

Ambas se volvieron al vernos entrar. Una sombra de tristeza paso por los ojos de Gianna, porque ella sabía que veníamos del cementerio, pero en seguida volvió a sus lecciones de italiano.

Pero mi madre permanecía atenta a nosotros.

—Venid aquí, hijos —suplicó.

Nos acercamos.

—Larry, ¿cuándo va a volver Dave? ¡Me siento tan impaciente...! Tenía que haberme llamado por teléfono ayer, pero no lo hizo...

Carraspeé. Se me había olvidado llamarla por teléfono, imitando la voz de mi hermano...

—Ya sabes lo descuidado que es, mamá —dije, con un nudo en la garganta—. Pronto llamará. Mañana, ya lo verás.

Le habíamos hecho creer que Joan había muerto en un accidente de automóvil, pero yo no me atreví a decirle que Dave había muerto acribillado a balazos por Rod Campbell.

Mi madre era vieja y estaba delicada. ¿Para qué hacerla sufrir innecesariamente? Le hicimos creer que Dave se había marchado a Europa, que necesitaba descansar, tomarse un respiro... Él había conseguido engañar a mi madre, imitando mi voz... Y yo seguiría haciendo lo mismo hasta que mi madre muriera.

Jenny estaba mirándome. Debió advertir que mis pensamientos eran sombríos, porque me pellizcó una oreja y exclamó:

—¡Oye! ¡Tú y yo podíamos aprender italiano! Nos servirá cuando visitemos Italia, ¿no? Vamos, acércate. Díganos, Gianna... ¿Cómo se dice en italiano «te amo, amor mío»?

—¡*Oh, sole mío...*! —entoné con pésimo estilo.

Y los cuatro rompimos a reír.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANÍA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

